

REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

86

J4

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

86



AÑO IX
SEGUNDA EPOCA

1949

REVISTA NACIONAL
EDUCACION

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. SAMARÁN
MALLORCA. NÚM. 4



SUMARIO



EDITORIAL

INAUGURACION DE LA III LEGISLATURA DE LAS CORTES ESPAÑOLAS

Juan Beneyto: LA DIGNIDAD DEL HOMBRE Y LA HISTORIA

Julia Mérida: GLOSA AL CENTENARIO DE SAN FRANCISCO
JAVIER

Lord Lindsay de Birker: OXFORD Y CAMBRIDGE, MODELOS
UNIVERSITARIOS

HECHOS

LA CREACION DEL PREMIO CERVANTES

AUGE DE LAS CONSTRUCCIONES DOCENTES EN CANARIAS

LA ACADEMIA DE CIENCIAS CUMPLE
SU PRIMER CENTENARIO

EL MAGISTERIO ESPAÑOL Y LOS ESTUDIOS DEL PROFE-
SORADO

VENTANA AL MUNDO

ANTONIO FERRO EN ESPAÑA

ANDRE MAUROIS EN EL ATENEO

NOTAS DE LIBROS

La arquitectura plateresca, por José Camón Aznar.— Dos tomos en 4.º—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—455 y 602 págs.

Cartas son cartas, por Prudencio Rovira.—Prólogo del Duque de Maura. — Epílogo de Francisco Casares. — Editorial Espasa-Calpe.—Madrid, 1949.

Un aspecto de la labor cultural del Ayuntamiento de Madrid, por Eulogio Varela Hervías. — Artes Gráficas Municipales. — Madrid, 1949.

Cómo se gobierna Suiza, por Hans Huber.—Schweizer Spiegel Verlag.—Zurich, 1948.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

ESPAÑA, como un oasis en medio de las tormentas del mundo, se esfuerza gozosamente por salvar su historia que, dígase lo que se quiera, es la cultura de Europa. En este sentido, ordena, prolifera y expresa su razón inteligente. Una razón que, si bien se mira, parece como una sinrazón en los pueblos que ahora mismo debaten su personalidad para no caer en la negra profecía de Keyserling, y, sin embargo, esa profecía es cierta, ciertísima, con evidencia inescusable. «Es manifiesto—ha dicho el autor de *El mundo que nace*—que el estado general psicológico de nuestros días podrá ser lo que se quiera, menos un estado de cultura. Y por mucho tiempo será, indudablemente, imposible que haya cultura sobre la tierra. A pesar de ello, en el nuevo estado de cosas están contenidas las condiciones preliminares de una nueva cultura posible.» No está de más que agreguemos nosotros, por nuestra cuenta, que si en el nuevo estado de cosas están «las condiciones preliminares de una nueva cultura posible», en España, con raíces milenarias, están las razones positivas de esa nueva cultura. Y por defender y extender

esas razones, ha librado nuestro pueblo la más descomunal de las batallas, y después, forjada la victoria, no cesa de luchar, dentro del área de una paz fecunda, por instalar, adonde quiera llegue nuestro influjo, los hitos genuinos de nuestra «manera de ser».

Porque nuestra cultura no es una actitud, sino una naturaleza. Es algo constante en nuestra historia y en nuestra vida. Va con nosotros, nos acompaña siempre, a la sombra de la fe y entre el tumulto de las espadas para, al cabo, formar nuestro espíritu. Es decir: está amasada con nuestra sangre generosa y con nuestro sentimiento indeclinable. Es ímpetu y es creencia. Es, en suma, una razón—entre tantas razones—de ser, mientras en otros pueblos, jóvenes o antiguos, renacientes o postrados, la cultura se mira por condiciones exclusivamente. En nosotros, insistimos, por razones. La diferencia es obvia. La condición puede permanecer latente y como en expectativa; la razón es vigencia, definición y personalidad.

Para oponerse a la teoría fatalista de Keyserling y, si cabe, cerrarle el paso a su dominio, España no se ha dejado arrastrar por absurdos espejismos. Hasta tal punto es así que, vencida la guerra civil, desatada por una política que origina estragos sobre la realidad y la ilusión del mundo y amenaza socavarlo en sus cimientos más firmes; España, repetimos, ha cuidado, con desinterés y sistematización, de recobrar y alimentar los fueros de su propia cultura. Parejamente a su reconstrucción económica ha levantado los templos de su inteligencia afanosa. No hay otro orden de problemas que más a fondo le preocupe. «Hemos llegado a tener—ha dicho alguien—una sensibilidad casi angustiosa para las señales del tiempo. ¿Cuáles son, en orden a la profecía de Keyserling, las cosas nuevas que vienen? ¿En qué dirección va a marchar

la sociedad humana? No hay alma moderna que no sea un vigía. Aun aquellos que no se dan clara cuenta de lo que es este mundo que nace, perciben dentro de su propia intimidad, en forma de dolorosa incertidumbre, una emoción de alumbramiento.»

Exacto, de toda exactitud. Pero España, ni siquiera comparte esa «dolorosa incertidumbre», que si en los demás pueblos palpita, como una expiación, en nosotros es verdad absoluta, fruto de una «razón de ser»—nuestra cultura—, que no ha sido ni relegada ni sustituida. Porque poseemos lo que no hemos perdido y, soberanamente, porque seguimos luchando, desde nuestras cátedras, desde nuestras tribunas, desde nuestras Universidades, desde nuestros laboratorios, desde nuestros talleres, porque esa cultura sea, sobre el orgullo racial, una bandera imbatida.

Y cuando nos parece considerable que, en el libre juego de la sabiduría, algo puede contribuir a engrosar nuestro caudal intelectual, a ello apelamos sin, por lo mismo, declinar «el acento que da sentido—como quiere el autor de *El mundo que nace*—a la estructura del alma». Porque nuestro imperio—lejano y presente—no ha sido de poderíos geográficos, sino de poderíos espirituales. Para robustecer estos poderíos espirituales, España, por sus hombres de gobierno, está, laboriosa y vigilante, a la par, procurando la fortaleza de sus bienes, incluso, como decimos, con la presencia de otros agentes y de otros rumbos que, por las zozobras presentes, fuera de las fronteras patrias, vacilan y peligran. Sembramos por ahí, sin importarnos el color de los surcos, y, de paso, aceptamos la siembra que en nuestro propio solar realizan quienes, atraídos por nuestra historia, aman y sienten—que es amar

dos veces—nuestra tradición y, consiguientemente, nuestro porvenir.

El Ateneo madrileño—peligroso foco de cultura, como dirían nuestros más enconados enemigos—practica cumplidamente uno de los mandamientos de nuestro propósito cultural. Ejerce sabiduría y la recibe, de dentro y fuera de España. Porque España está abierta, de par en par, para estos entrecambios de cultura. Vamos al mundo para que el mundo venga a nosotros. Y no vamos con signos de política aviesa, materialista y fugaz. No, no. Vamos con signos de política clara, ideal y perdurable. O sea, con nuestro corazón entre las manos. Ya lo afirmaba Goethe: «Lo que yo sé puede saberlo cualquiera; mi corazón, en cambio, es sólo mío.» Y aquí está la clave de nuestra «razón de ser». Sobre lo que tenemos, lo que somos. Otros pueblos, por dejar de ser, por tergiversar su «razón de ser», están a punto de perderse irremisiblemente. A nosotros no llega tamaña angustia. Siempre quedará en lo más alto, para diferenciarnos y proyectarnos, sobre un pedestal ecuménico, la gracia de nuestros sentimientos. Es lo primero que observan cuantos llegan hasta nosotros, en estas horas tremendas, de vuelta de todos los caminos de la inteligencia. André Maurois, entre los mejores.



DISCURSO PRONUNCIADO POR S. E. EL JEFE DEL ESTADO

ante las Cortes Españolas al inaugurar su
Tercera Legislatura el día 18 de mayo de 1949



Al inaugurar la Tercera Legislatura en las Cortes Españolas, S. E. el Jefe del Estado pronunció el siguiente discurso :

SEÑORES PROCURADORES :

Por primera vez en nuestra Historia se da comienzo a un tercer período legislativo después de haber agotado en una labor fecunda la vida de las Cortes en los dos períodos legislativos anteriores. Con la ocasión de la inauguración de sus tareas, yo saludo en los nuevos procuradores a la representación más genuina de todos los sectores del país; a los mandatarios de los Municipios, institución con más de veinte siglos de existencia y que con los otros brazos integraron las Cortes tradicionales de la Nación, cuando la casi totalidad de las naciones vivían en el mayor atraso; a los representantes de las Diputaciones provinciales, en las que hace más de un siglo se agruparon los Ayuntamientos españoles, siguiendo una demarcación

religiosa milenaria; a los elegidos por los Sindicatos nacionales, representantes del trabajo y de las actividades productoras en todos sus aspectos; a los que la voluntad de las Corporaciones profesionales otorgó libremente su representación; a los que la intelectualidad española : Instituto de España, Academias y Universidades, dieron su mandato; a los representantes y jerarquías de aquellos brazos de los antiguos estamentos nacionales que velan desde siglos el mantenimiento de la vida espiritual y material de nuestra Patria, y a los valores políticos y consejeros nacionales, representantes de la continuidad de las esencias políticas de nuestra Revolución Nacional; diversidad viva en la unidad de las nuevas Cortes Españolas y que, como decía en elocuente verbo, hace solamente varios días, vuestro presidente, «es la que trabaja en los campos, produce en las fábricas, adoctrina en las Universidades, labora en los despachos, administra la urbe y la provincia y lleva sobre sus espaldas el peso entero de la Nación». Yo espero de la calidad y celo patriótico de los representantes un nuevo período legislativo tan eficiente o más que los que le precedieron.

Continuidad y estabilidad de una política

No constituye esta nueva etapa que emprendemos nada nuevo en la vida de la Nación, pues creadas las Cortes en 1942, cuando ni siquiera se sabía cómo había de pensar el mundo que de la guerra saliese, desde entonces vienen sucediéndose con toda regularidad sus legislaturas. Cuarenta y una leyes de enorme importancia y un millar de otras de menor interés fueron, en estos seis años, sometidas a estudio y elaboración de

los representantes en Cortes; y tras un período de información pública y de sereno análisis y estudio por las Comisiones, perfeccionadas y convertidas en leyes de la Nación.

La calidad y la cantidad de las disposiciones legislativas, el comentario favorable que algunas de las principales vienen suscitando en las publicaciones técnicas del extranjero, y el que algunas de ellas hayan sido recogidas por el exterior en posteriores legislaciones, son muestra clara de la eficiencia de un sistema que ha logrado la colaboración de la Nación a las tareas legislativas, haciendo triunfar el interés general sobre aquel otro mezquino de grupos y partidos.

Refrendados en trascendental plebiscito los fueros y las leyes básicas, constituídas definitivamente las Corporaciones provinciales y locales, con arreglo a ellas, y elegidos por aquellas sus representantes en Cortes, tras seis meses de actividades electorales, la Nación ve constituido plenamente su régimen, enraizado tras diez años de paz y de normalidad fecundas, sin que nadie pueda en lo sucesivo especular con la inestabilidad de una situación que no admite parangón con los últimos dos siglos de nuestra Historia; y que, aun para ese futuro que, gracias a Dios, aparece todavía lejano, de que lleguen a agotarse mis energías o se extinga mi vida, la Ley de Sucesión, refrendada por la casi totalidad de la Nación, ofrece la suficiente flexibilidad para que, llegado el caso, rija la vida española, quien, a propuesta del Consejo del Reino y a juicio de las Cortes, tenga títulos suficientes y encarne las mayores promesas para la continuidad y la dirección de nuestra Patria.

¿Qué mayores garantías de continuidad a un régimen pueden pedírsele? ¿Las tienen mayor, acaso, las repúblicas electivas o las propias monarquías constitucionales de antaño?

Si miramos al siglo y medio transcurrido desde la invasión

francesa, con monarquías o con repúblicas, las sucesiones entrañaron para España revoluciones y catástrofes. Desde que siguieron un patrón extranjero, el interés de las facciones y las ambiciones partidistas de los hombres sustituyeron a la colaboración noble y patriótica de las representaciones naturales y tradicionales, el desgobierno de la Nación la llevó por la pendiente rápida de su decadencia. ¿Cuál hubiera sido la suerte de España cuando la marcha a Francia y la renuncia de Fernando VII si hubiese existido una ley de sucesión como la nuestra, que hubiera puesto al frente de la Nación nuevo regente o soberano? ¿Hubiera estallado más tarde la guerra carlista y entregado los destinos de la Patria a una niña débil y sojuzgada; ni hubiéramos llegado al posterior danzar por las cortes de Europa en busca de un príncipe que asentar en el solio de España; ni en los años decisivos de fines del siglo XIX, cuando otros constituían sus imperios, el entregar la regencia de la Nación a una dama que, ejemplar por todos conceptos, sin embargo representaba una débil princesa extranjera frente a los graves acontecimientos mundiales? Y cuando en la última crisis de la Monarquía se gastó la persona, ¿no hubiéramos podido librarnos de caer en el oprobio de aquella República, que en pocos años arruinó la vida de la Nación en todos los aspectos? Es inútil el pretender mayores garantías para un futuro. Si algo puede garantizarlo es precisamente la falta de rigidez en el sistema, que ofrezca soluciones para todas las situaciones que puedan presentarse, ya que lo único verdaderamente eficaz es el crear una conciencia pública en la Nación y que el régimen alcance para la Patria la grandeza que una a todos en la defensa de su común destino.

mundo pasa por tiempos de transición entre dos épocas: la liberal que acaba y la social que nace, lo español se cotiza por esa fortaleza y estabilidad que fuera se añora, y por haber dado cauce a las legítimas aspiraciones de las clases más numerosas, no sólo sin detrimento de la Patria ni del progreso económico de la Nación, sino asociándoles e interesándoles en su grandeza. No olvidemos que en los tiempos que nos toca vivir lo social mueve y conmueve al mundo, y que la ignorancia y errores doctrinales de las masas en los otros países empujan a los pueblos hacia la catástrofe. Se camina, sin saberlo, hacia formas nuevas más justas y sociales, que no serán las liberales capitalistas, que las masas repugnan; ni las materiales y groseras que un marxismo fracasado nos pretende imponer; salvar las esencias de una civilización católica a punto de perecer; abrir cauce a las realizaciones sociales que la mayoría de la Nación demanda, constituyó el anhelo del régimen español desde sus albores. Y es paradójico que muchos de los que fuera ayer lo combatieron hoy aprecien en su estabilidad y orden la tabla de salvación en la posible catástrofe de nuestro Continente.

Victoria española contra el comunismo

Conforme el tiempo transcurre y la situación de Europa se hace más difícil, destaca la trascendencia de nuestra victoria sobre el comunismo. Hay que considerar lo que sería hoy de todo el Occidente si hubiéramos perdido nuestra batalla. Existe un documento histórico que anuncia cuanto en Europa y en Asia iba a ocurrir en los últimos años. Es el acta de la reunión

del Komintern de finales de 1935, en la que se anuncia la nueva táctica que el comunismo iba a emprender, y que paso a paso vimos desarrollarse al compás de estos últimos catorce años. Fracasada la revolución que en Asturias desencadenaron y los demás movimientos revolucionarios europeos, que iban poniendo en guardia a los pueblos contra el comunismo, había que cambiar el sistema, ir a la táctica de colaboración, bautizada en aquella reunión con el nombre de Frentes Populares; aliarse con los afines y filtrarse en sus filas para irlos «parasitando», ocupando sus puestos claves, arrastrándoles al extremismo y acabar desencadenando la revolución desde el Poder. El clásico sistema del caballo de Troya, que tanto se ha repetido desde entonces.

Organizado inmediatamente el Frente Popular español, de inspiración rusa, y asumido por aquél el Poder, España se comunizaba por momentos. El asesinato del jefe de la oposición, señor Calvo Sotelo, no fué más que el comienzo de la serie de ejecuciones desde el Poder de los adversarios políticos, para lo que el Frente Popular se había constituido, y que en los países de Europa ha tenido trágica y colectiva repetición.

No puede el socialismo histórico apartarse en esta hora de las gravísimas responsabilidades que aquí contrajo y que en la Prensa diaria de la nación, durante todo el tiempo de existencia de la zona roja, dejaron la huella irrefutable de su total entrega al comunismo. Esas colecciones de diarios de los archivos de la prensa roja española dan la respuesta a los que ingenuamente en el extranjero se preguntan: ¿Cuál puede ser la razón de las fobias rusas contra nuestra Patria? No es el corazón, sino la cabeza la que en esta ocasión les manda. Para la soviétización del Occidente bajo una democracia bobalicona pulimos ser la base y somos el obstáculo. En holocausto de esa

democracia, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania, entre otras naciones, fueron entregadas al comunismo. ¡Y aún alguien se pregunta las causas de la enemiga del comunismo contra España!

Rusia jugó fuerte en la lucha de España, y desde los primeros momentos el embajador soviético fué el árbitro de los Gobiernos socialistas que aquí se sucedieron. Todas las fuerzas de choque del comunismo europeo se movilizaron entonces sobre nuestra Patria y formaron quince brigadas internacionales de extranjeros, que llevaron el peso de la guerra de España. Y aunque muchísimos de ellos cayeron para siempre en nuestras tierras, por su paso y sus crueldades hoy nos son familiares los nombres de muchos de los componentes de los Gobiernos y altos jefes de las naciones comunizadas.

Una intensísima corriente de intercambio se estableció con Rusia desde los primeros tiempos, y la bolchevización de nuestra Patria se fomentó por todos los medios a su alcance. Las mejores películas comunistas invadieron los cines de las ciudades y los salones de los pueblos; los artículos periodísticos, mítines y emisiones de radio dedicados a Rusia y al paraíso soviético no cesaron durante los tres años; visitas de barcos rusos a nuestros puertos, homenajes populares, excursiones periódicas a Rusia de comisiones españolas, recibimientos apoteósicos en Odesa y en Moscú, y toda la propaganda moscovita dedicada durante tres años a falsear ante su pueblo la realidad española.

No deja de ser emocionante conocer cómo prendió en el sencillo pueblo ruso la mentira y los engaños y cómo respondieron a la propaganda de sus dirigentes ante la ficción de una España entregada al extranjero y sus mujeres y sus niños bárbaramente martirizados. Fué la primera vez que a los rusos

se les movió a una empresa exterior, y el sencillo pueblo respondió con sentimientos dignos de mejor causa. La entrega total y la victoria se tenían por tan seguras que no se dudó en jugarlo todo a la carta de aquella propaganda. Y en todos los rincones de Rusia, fábricas, talleres y sojoles, se privaban de lo indispensable o trabajaban más horas para enviar su socorro a las mujeres y a los niños españoles desamparados, socorros que el pueblo español no conoció, pues la malicia de sus dirigentes los entregaba a las brigadas internacionales.

Las comisiones españolas fueron el centro de las fiestas en las solemnidades y aniversarios; en el de la revolución o en los primeros de mayo, grandes carteles alusivos a nuestra guerra revestían los muros de sus edificios, al tiempo que en España retratos gigantescos de Stalin y Lenin se exponían en los arcos de triunfo de las avenidas. Centenares de niños españoles fueron trasladados a Rusia y paseados por ella para explotar el sentimentalismo y la sensibilidad de aquellas masas, lo que no fué obstáculo para que, perdida la guerra, cambiase la suerte de aquellos niños desgraciados, que, según testimonios y publicaciones de los propios rojos españoles, perecieron en su mayoría de hambre y de tuberculosis. Y aun los propios dirigentes españoles que, por creer en Rusia, allí se refugiaron, fueron despreciados y maltratados por imputarles la cobardía de su derrota.

Mas todo aquel intento de bolchevización de España, del envío a Rusia de nuestro oro y de nuestros barcos, aquella entrega total de nuestra Nación a los soviets, fué presidida aquí por los Gobiernos socialistas que en el Poder se sucedieron, los mismos que hoy pretenden buscar alianzas con sus víctimas y que arrastran sus miserias por el mundo en adulación servil de los Gobiernos occidentales.

Y es que no hay que hacerse ilusiones : socialismo y comunismo son para nosotros la misma cosa en distinto grado de desarrollo. Unos están en el camino y otros en el final. ¿En qué se diferenciaron en España las checas puramente comunistas de las de Fomento, de la de Bellas Artes y tantas otras que los socialistas y otras organizaciones mantuvieron? Si hoy son los comunistas los que descaradamente ofrecen en las naciones su colaboración a los invasores, no hemos de hacernos ilusiones, en la primera guerra mundial lo harían los socialistas. ¿Es que las huelgas, los actos de sabotaje y demás procedimientos que el comunismo desarrolla para destruir la economía de las naciones, son armas exclusivas suyas y no ha sido el socialismo el que durante cincuenta años, aunque en menor escala, los viene utilizando? La criminalidad que al comunismo caracteriza no es exclusiva de él; igual sucede al marxismo y afectará a todo sistema que niegue el valor metafísico de la existencia humana. En el crimen organizado, en sangre, fuego y lágrimas cayeron en España envilecidas, para no levantarse, aquellas organizaciones marxistas y sus similares que un día polarizaron la atención de las masas. Si grande fué la trascendencia de nuestra victoria para España, no fué poco, asimismo, lo que con ella hemos servido a Europa.

Panorama económico

Si miramos los tiempos difíciles que nos ha tocado vivir hemos de pensar lo que hubiera ocurrido, y aún podría ocurrir, si los españoles desfalleciésemos en nuestro entusiasmo.

Si importantes son las dificultades que en orden a nuestra vida interior hemos de vencer, no hemos nunca de olvidar la base de partida de que salimos, pues así podremos apreciar el

camino ya recorrido, analizar el estado de abandono anterior de nuestra economía y las pocas posibilidades que en este orden se nos ofrecían; conocer el estado real de ruina en que recibimos nuestros ferrocarriles y demás elementos de transporte; apreciar el límite de agotamiento a que por falta de previsión y explotación desordenada habían llegado nuestros venenos minerales, fuentes un día de nuestra explotación, y estimar el estado de abandono del campo en que nos dejaron la zona roja con la falta de cuarenta mil yuntas. Sólo conociendo estos y otros factores en que la economía de la Nación descansa, y las demandas de una población creciente, que hoy supera a los veintiocho millones de habitantes, puede apreciarse la obra ingente de mis Gobiernos, no sólo para superar, sino para establecer los cimientos firmes en que estamos levantando nuestra nueva economía.

El problema más grave que España ha encontrado en el camino de su recuperación económica ha sido el desnivel de su balanza de pagos, que la falta de una política económica durante muchos años la había colocado en muy difícil trance. Si a ello se une el aumento creciente de nuestra población, la falta de abonos que, como consecuencia de la guerra universal, se produjo; la perturbación que en la economía europea ocasionó la desaparición de los intercambios con Alemania y países del centro de Europa, y las sequías sobre nuestras tierras acumuladas, se comprenderán mejor las dificultades que encontró nuestra obra de Gobierno. Si ha podido atenderse al abastecimiento de nuestra Nación en estos últimos años y en los momentos difíciles de la gran contienda, fué porque una política de construcciones y de resurgimiento naval nos permitió satisfacer las exigencias mínimas de nuestro tráfico.

Hoy una política ininterrumpida de riegos y grandes obras

hidráulicas, mantenida ya durante diez años, nos asegurará para el porvenir la energía para nuestra industria, el riego para más de un millón de hectáreas, creando una nueva riqueza, que representa más de ochenta veces la de nuestra huerta de Murcia. Un programa completo de realizaciones industriales, con el fomento de las fábricas de abonos, se viene desde los primeros tiempos desarrollando. Dos de estas fábricas deberán ser en este año inauguradas y otras cuatro más proyectadas y en vía de construcción nos permitirán en poco tiempo satisfacer la mayor parte de nuestro consumo.

La investigación en el laboreo de nuestras minas y la investigación de nuevos yacimientos minerales nos ha permitido intensificar la producción de carbón, descubrir zonas nuevas y preparar nuestras minas de potasa, plomo y otros minerales para una mayor explotación y más intensos intercambios.

Los elementos de tracción, tan importantes para el desarrollo de nuestra riqueza, y los tractores para nuestra producción agrícola también han sido fomentados, y, aparte de las importaciones que vienen aumentando de año en año, poderosos y modernos camiones producidos en nuestra Patria recorren hoy nuestras carreteras, y tractores agrícolas potentes contruidos en nuestra Nación se han probado con éxito en estos mismos días en los campos españoles; lo que, vencida la inercia de las primeras dificultades, nos permitirá adentrarnos en el campo de las realizaciones. El establecimiento de nuevas industrias químicas y sintéticas ha tomado gran auge, e importantísimas fábricas de fibras textiles, de vitaminas, de productos químicos y farmacéuticos se suman todos los meses al acervo nacional. No es poco lo conseguido en la selección de simientes, en la mejora y selección de razas, en el cultivo del algodón y del tabaco, que alcanza cifras desconocidas en

nuestra Nación, en la introducción del algodón en nuevas e importantes zonas de regadío, en el cultivo y preparación de otras fibras sustitutivas, en la repoblación de nuestros montes en un grado y medida como nación alguna en el mundo ha realizado y en la creación y colonización de zonas de grandes regadíos y parcelación de fincas por interés social, que destacan en su conjunto la labor agrícola realizada.

No se olvidó tampoco el estudio y valoración de nuestras colonias, las que, lejos de constituir un gasto, han pasado a ser un elemento valioso para nuestra economía, que, conforme el tiempo transcurre y los programas se completan, ayudarán notablemente a los suministros de nuestra Patria, y aun aquellos territorios desérticos que la desidia de nuestros antepasados nos legó como un simple peso muerto han sido estudiados por las expediciones científicas de nuestros técnicos y explorados en su subsuelo, y hoy puedo anunciaros se llevan ya a cabo en ellos importantes obras para la explotación de fosfatos, con las perspectivas más halagüeñas.

Y todo ello, y mucho más que sería prolijo enumerar, lo hemos llevado a cabo sin la menor ayuda, con el propio esfuerzo español, en unos años de guerra y otros de postguerra, estimulando a la iniciativa particular, y cuando esto no ha sido posible porque aquélla se ha inhibido, ha sido el propio Estado el que lo ha realizado creando los órganos adecuados para su solución.

Resurgimiento industrial

Hay que considerar el cambio profundo a que hubo que someter la legislación y la idiosincrasia españolas para pasar de la política liberal del «dejar hacer» y de aquel pesimismo

e incapacidad del Estado, tan explotado por los capitalistas y maliciosos, a crear los órganos eficientes para que este milagro se realizase. Y así surgieron el Instituto de la Vivienda, el Instituto para la Reconstrucción, Regiones Devastadas, el Instituto de Colonización y el Instituto Nacional de Industria, que, en los pocos años que llevan de desarrollo, han venido demostrando su eficacia y su competencia. De este modo, al egoísmo sin límites del dinero se le ha opuesto el interés general de la Nación, pero no con definiciones políticas inoperantes, sino creando los instrumentos necesarios para realizarlo. Al Régimen le cabe la honra de haber hecho resurgir las industrias en nuestra Patria, de haber devuelto la fe a los que estaban en camino de perderla y que a aquella etapa desdichada de la República, en que ni una sola industria se establecía en el país le sucediera ésta, en que son millares las grandes y pequeñas industrias establecidas e interesantes las iniciativas encauzadas.

Mas no había de realizarse todo eso sin que los eternos disgustados, los que habían hecho monopolio de la explotación de nuestra Patria, esos españoles insaciables que aspiran a tener un Estado incapaz e inoperante que les deje libre el camino para sus especulaciones, no hiciesen objeto a estas instituciones de sus críticas y aún llevasen al extranjero un eco de sus miserias.

El Instituto Nacional de Industria ha sido el blanco de estas modestas iras, pero al Régimen le cabe la honra de haberlo creado y, por su acción, el haber hecho resurgir la construcción naval en medida en ninguna época de la Nación conocida. Nuestros modernos barcos son un claro exponente de la capacidad de nuestros técnicos y de la calidad de nuestros obreros, y un programa sensato de construcciones, en relación con nues-



tro tráfico, asegura la continuidad de los pedidos y la seguridad en la amortización de las instalaciones. Y, pese a las dificultades de electricidad y escasez de acero y chatarra, este año se botarán cinco buques con 31.150 toneladas y entrarán en servicio siete con 29.350.

El interés general de una nación peninsular y marinera, como la española, es poseer barcos para dar trabajo a nuestros hombres de mar, hacer el tráfico, economizar divisas y el que la mayoría de nuestras grandes importaciones se hagan bajo nuestras banderas; mas aquella antigua estirpe de armadores enamorados de su flota se extingue, y con la sociedad anónima deshumanizada la Marina mercante española caminaba hacia su liquidación. Si no queríamos que fracasase nuestra política naval habíamos de crear los instrumentos para realizarla, y esta política naval es trabajo para nuestros obreros, regularidad en las construcciones, que, a su vez, mueven a toda la industria nacional, industrias todas ellas de carácter privado debidas a la iniciativa, a la constancia y al patriotismo de otros hombres que por falta de estabilidad en una política naval y económica, que culminó en la desdichada República, languidecía, viendo hundirse, con sus ilusiones, sus propios patrimonios.

Hemos enfrentado igualmente al I. N. I., desde su iniciación, con el problema moderno de las destilaciones de pizarras y lignitos para la obtención de los hidrocarburos, problema de ayer, de hoy y de mañana, que llevaba muchos años esperando una solución sin que ninguna clase de empresas se hubiera encarado con el mismo, lo que tampoco hubiese sido fácil ni por la cuantía de los desembolsos, ni por los factores que es necesario coordinar, ni por los precios de coste de los productos, superiores todavía a los naturales.

En muchas otras empresas el Instituto ha venido a ser elemento cooperador para la financiación o ayuda a aquellas actividades de interés nacional y de capital privado, cuando éstas no encontraron en el mercado asistencias para su transformación y tenían ya comprometidos importantes capitales, evitándoles con ello su seguro fracaso.

No parece, por otra parte, que hayamos hecho en esto nada que al mundo pudiera sorprender, pues, en este caso, el Estado, en uso de un derecho soberano, se enfrenta con el problema de crear industrias hasta ahora inexistentes paralelamente al incremento de su población e indispensables para su vida, cuando otros países que se titulan liberales, como en Inglaterra y en Francia, obedeciendo a pasiones doctrinarias, son las empresas privadas, creadas y vivificadas por la iniciativa particular, las expropiadas, estatificadas y desgajadas del patrimonio privado, mientras aquí ni una sola empresa industrial o mercantil se sustrajo de la propiedad y de la dirección privadas.

Hoy se designan en la nación inglesa presupuestos extraordinarios de centenares de millones de libras para sus nuevos planes de crear industrias eléctricas, químicas y metalúrgicas de carácter estatal. Y no digamos en el país de los soviets, donde la empresa y la iniciativa privadas son cosas desconocidas.

El sistema español, precisamente por un reconocimiento de la eficacia y de la agilidad de la iniciativa privada, y considerar que le sobran al Estado moderno medios para hacerlas servir al bien común, se ha alejado de esa idea, a nuestro juicio torpe, de las estatificaciones, y buscó en la sociedad mercantil de tipo privado las características para las sociedades que el I. N. I. constituye, y que, al contrario que en el extranjero,

en momento oportuno, una vez en marcha, serán en general transmitidas a la propiedad privada española.

Y no es que creamos que las empresas privadas son perfectas, ni mucho menos, pues sentimos más que nadie la necesidad de la reforma de la sociedad anónima, que en España viene discurrendo en el mayor de los libertinajes, y siguiendo los pasos de la técnica universalmente aceptada en breve os hemos de presentar para vuestro estudio y elaboración. No se trata tampoco de pretender una autarquía en pugna con el concepto de la sociabilidad y de las propias conveniencias económicas de intercambio para los pueblos, aunque seamos nación a quien la naturaleza dotó de inmejorables características para alcanzarla y las pasiones del exterior pudieran justificarla, sino de nivelar nuestra balanza de pagos con el exterior y acrecentar este comercio a tenor de las nuevas necesidades, pues el crecimiento de la población española le impone dar impulso a su industrialización si quiere dar a sus hijos una vida más próspera.

Tenemos, pues, los instrumentos forjados y existe un importante plan de industrialización de España, que va realizándose en progresivas etapas.

Es norma del nuevo Estado no llevar su intervención más lejos de lo que imponga el interés público y es el primero en comprender las molestias que a muchos sectores españoles producen las intervenciones en la distribución o recogida de los artículos, y nada puede ser para él más enojoso que el tener que enfrentarse en estos años con la ambición y el egoísmo humanos de muchos millares de productores interesados en especular y en obtener lo más posible por sus productos.

El Estado y el Comercio

La intensificación de nuestras relaciones comerciales con la Argentina y la amistad y comprensión del gran hombre de Estado que la rige, de la que tantas pruebas hemos recibido, nos permitieron establecer los importantísimos convenios de que se dió cuenta en su día a las Cortes, que, mejorando nuestro abastecimiento, hubieran sido suficientes a cubrir nuestras necesidades y restablecer el equilibrio si las cosechas recolectadas estos últimos años hubieran alcanzado la normalidad esperada; pero las repetidas sequías y la interrupción del suministro de fosfatos por la emergencia del cierre de la frontera con Francia y con su Protectorado, en la única cosecha que se nos presentó como favorable, nos privaron de poder alcanzarlo. Son, por otra parte, tan numerosos los pequeños productores de trigo en nuestra Nación, que alcanzan la elevada cifra de un millón de cultivadores con menos de una hectárea, cuatrocientos mil que cultivan entre una y tres hectáreas y sólo doscientos mil con más de tres hectáreas, que hacen que, cuando las cosechas son tan cortas y la importación no puede asegurar con amplitud el consumo, sea muy difícil el poder luchar con el egoísmo de las ocultaciones y efectuar bien la recogida.

Es iluso el pensar el que dejando en libertad el juego de la oferta y la demanda los precios pudieran estabilizarse. La indiferencia del Estado en la materia sólo favorecería al vendedor. Si la oferta abarata y la demanda encarece, sin embargo, no son proporcionales. A una proporción aritmética en la falta de artículos corresponde una geométrica en la subida de precios. La codicia y la confabulación son imponderables y no conocen límites. La ley de la oferta y de la demanda reco-

braría sólo toda su eficacia si una libertad de mercados exteriores y unas disponibilidades de divisas permitieran la importación y la libre competencia. Es clásico que la baja de productos de los precios al por mayor no produzca, sin embargo, la de los al por menor.

Por ello es necesaria la constante vigilancia del Estado, pese a todas sus dificultades, para establecer un orden y defender a unos contra la codicia de los otros. En el interés de todos está el que el aumento de producción y mejora de nuestra balanza nos permita satisfacer en el menor plazo cumplidamente las necesidades de nuestro pueblo y liberarle de tantas molestias que, si para ellos aparecen repartidas, para mi Gobierno pesan en su conjunto, amargando nuestra vida, sin que basten a compensarlo otras satisfacciones de Gobierno.

Tened la seguridad de que marchamos con paso firme por el único camino capaz de asegurar el bien material de las generaciones que nos sigan.

Si las naciones europeas que salieron vencedoras de la guerra, muchas de ellas menos castigadas que lo que nosotros salimos de la nuestra, no hubieran tenido la ayuda de los miles de millones del Plan Marshall, su situación sería hoy muy diferente. Nosotros, sin otra ayuda que la de la Argentina, que nos permitió resolver en parte el agudo problema de la necesidad de cereales, estamos superando la crisis y llegaremos a la meta por nuestro propio esfuerzo. Yerran los que lo esperan todo de los auxilios extraños, que, de todas formas, a plazo más o menos largo, habremos de pagar. Los pueblos no han de vivir del sudor ajeno, sino de su propio trabajo. Pensar en la sopa boba de los regalos sería inmoral e impropio de españoles. Son el trabajo y la producción nuestros los que han de redimirnos, la suma de los esfuerzos de cada uno.

No quiere esto decir que no nos interese y desdeñemos las ayudas económicas extranjeras. Donde encontramos el camino abierto allí hemos ido dignamente a buscarlas, pues es práctica frecuente entre las naciones, y que España ha realizado en favor de otros pueblos, a raíz de la otra contienda; ello aceleraría el ritmo de nuestra reconstrucción y antes entraríamos en la normalidad económica que todos deseamos. Pero si esa ayuda se regatea o no se nos da, nadie debe alarmarse, pues es ya mucho el camino que hemos vencido, y, aunque más lentamente y continuando los sacrificios, llegaremos a la meta que nos hemos propuesto.

Vivimos años excepcionales y como tales hemos de considerarlos, y no se puede juzgar de la obra de Gobierno como si fueran tiempos plácidos y tranquilos, en que bastaría tomar una decisión para que las cosas se realizasen. Vivimos una paz que más pudiéramos titular una preguerra, y los mismos presupuestos de la Nación se han visto durante estos diez años obligados a sostener efectivos militares mínimos frente a las necesidades que la inseguridad del mundo nos imponía. Sin embargo, podemos afirmar que la cuantía de nuestros presupuestos y la presión tributaria que el contribuyente español sufre son muy inferiores a las de la mayoría de los Estados del mundo de población similar.

Obra social y cultural

Mucho podría hablaros de lo alcanzado en estos diez años en los distintos aspectos de nuestra política interior. Destaca entre ellos, por su trascendencia, la liquidación de las responsabilidades de los innumerables crímenes y martirios de la revolución roja, y que desde hace varios años podemos conside-

rar totalmente liquidado, habiéndose reintegrado a la vida nacional la casi totalidad de los que entonces delinquieron. La cifra de presos por delitos de todo orden en la Nación es, en los momentos actuales, entre condenados y detenidos procesados, la de 38.700, sensiblemente igual a la que España tuvo a través de todas las épocas, pese a los intentos de criminalidad fomentados desde el extranjero y a haber superado la población española los veintiocho millones de habitantes.

En el servicio carcelario, nuevos edificios modernos y salubres han venido a sustituir a los viejos y abandonados, y la redención de penas por el trabajo y régimen interno de las prisiones es hoy la más humana y adelantada entre las de todas las naciones civilizadas, siendo absolutamente falso y falto de verdad esa especie extendida por el extranjero por los agentes comunistas de que en España exista ninguna clase de campos de concentración.

El Fuero de los Españoles, que comprende los derechos tradicionales de la persona humana, el «habeas corpus», similares a los que figuran en las Constituciones de los otros pueblos y superiores a ellas, por garantizar otros muchos derechos sociales, se practica en toda su virtualidad y los detenidos son entregados al juez competente en los plazos que las leyes señalan, lo que no ocurrió en España en los tiempos liberales ni bajo la República, la que vivió cinco años en régimen de excepción, con suspensión casi continua de aquellos derechos.

La garantía de conciencia y de la práctica del culto privado que figura en el Fuero de los Españoles se cumple con toda exactitud, siendo absolutamente falsos esos infundios que nuestros adversarios hacen correr de intolerancia religiosa en nuestra Patria.

La justicia se desenvuelve con absoluta normalidad, den-

tro de una libertad e independencia como jamás se había conocido en España, y los Tribunales militares solamente entienden en su jurisdicción específica de los delitos militares y contra la seguridad de la Patria, exactamente igual que se venía practicando y es tradicional en los Códigos de nuestra Nación.

Nuestro Consejo de Estado, de tan brillante historia, ha visto ampliadas sus funciones y hoy extiende su intervención al campo de los recursos de agravios de los funcionarios, que no existía en tiempos anteriores; y en los años que lleva con esta intervención ha resuelto 659 recursos, de los que desestimó 535, estimó 124 y, en su virtud, fueron rectificadas por disposiciones de Gobierno, de acuerdo con el informe del Consejo, y resueltos favorablemente 104, y desestimados por el Gobierno, oído el Consejo de Estado, por estimarlo aquél materia privativa suya, 20; recurso gratuito, rápido y sencillo que ha alcanzado toda su virtualidad y que ha satisfecho en sus demandas contra la Administración a 104 funcionarios.

Grandísimo es el camino recorrido en el terreno cultural. Diez mil escuelas creadas, 22 institutos, numerosos colegios mayores y una transformación completa de nuestros centros universitarios, unido al progreso en las investigaciones científicas y en las artes, con 960 obras científicas publicadas y 62 revistas periódicas, proclaman nuestro renacimiento en lo cultural. En la legislatura que hoy comienza y en el año que corre os van a ser presentadas para vuestro estudio y elaboración las bases para la creación de los nuevos institutos de segunda enseñanza laboral que, aumentando la cultura media en toda la Nación, esperamos constituyan una verdadera revolución y una mejora técnica importantísima en la especialización y perfeccionamiento de nuestros trabajadores.

En las otras ramas de la Administración pública, la sanidad ha tenido un verdadero desarrollo y la lucha contra nuestras endemias son ya un consuelo para la España doliente. La creación de nuevos centros de aislamiento y la utilización de la terapéutica más moderna nos permitirán en pocos años hacer desaparecer de nuestros territorios el mal de la lepra. La lucha antituberculosa se encuentra en pleno desarrollo y, de 2.109 camas que existían en 1936, de las que la mitad aproximadamente se encontraban al fin de nuestra guerra destruídas, se ha pasado en estos años a tener en funcionamiento, en establecimientos modernos de nueva planta, 17.500, y en construcción avanzada, 7.500, que harán un total de 25.000, señalado como cifra óptima para el dominio de la lucha; entrando en el curso de este año en servicio otras 2.550, correspondientes a los nuevos sanatorios de Jaén, Orense, Santander, Ferrol y Valladolid, con lo que al final del año el número de camas en servicio será de 20.050. Numerosos y nuevos preventorios atienden en la actualidad a 7.000 niños al año, y la vacunación preventiva «B. C. G.» se está aplicando en todo el área nacional.

La lucha antipalúdica, las Maternidades, los Institutos provinciales de higiene y demás servicios nacionales han recibido un poderoso impulso, elevando la sanidad pública a alturas desconocidas en nuestra Nación y rebajando el índice de mortalidad al nivel de las naciones en este orden más adelantadas.

El establecimiento del Seguro de Enfermedad en toda la Nación ha constituido una verdadera revolución en el orden de los cuidados sanitarios, y una red de sanatorios se ha iniciado en todas las comarcas y son heraldo de la revolución constructiva que se realiza en nuestra Patria.

El ritmo de la mejora social ha ido aumentando progresivamente en estos años. Una amplia legislación laboral y un perfeccionamiento de los seguros sociales y de las mutualidades completan el cuadro de la legislación social española, que se desarrolla con toda normalidad. Es necesario que los elementos productores se convenzan que no basta la legislación sobre las mejoras sociales para que éstas tengan toda su virtualidad. Aquéllas no podrán en lo sucesivo mejorar o llevarán una marcha lenta, si no aumenta la producción y no se multiplica la riqueza y los bienes nacionales, si el trabajador no corresponde a la mejora social con toda su voluntad para el trabajo y con el aumento de su rendimiento. La justicia necesita como primera condición una base para poder realizarla.

Este sentido eminentemente social del Régimen español y su preocupación por el bienestar y el trabajo de las clases trabajadoras, constituye la razón fundamental de la enemiga de algunos Estados en los que impera el régimen marxista, al ver levantarse frente a su fracaso doctrinal una fórmula cristiana y nacional que, pese a las dificultades que se han tratado de ponerle desde fuera en su camino, marcha progresivamente hacia la meta de la justicia social más amplia.

El Instituto de la Vivienda, siguiendo la brillante marcha iniciada hace diez años, multiplica su actividad en todas las comarcas españolas y agrupa y ayuda las iniciativas en este orden de las corporaciones públicas, de los Sindicatos, de las Empresas y de las autoridades episcopales, en proporción sólo frenada por la limitada producción de materiales; esto es, que en todas las ramas de la Nación existen programas completos, serios y estudiados, que van desarrollándose de año en año, haciendo realidad el sueño de nuestras juventudes cuan-

do, con su esfuerzo y su sangre, arrancaron a España de su decadencia.

Esta obra ingente va a ser completada por los programas de ordenación económico-social de la Nación, elaborados por todas las provincias españolas, siguiendo las normas que desde la Presidencia del Gobierno se dictaron, y en la que intervinieron en las distintas provincias todos los elementos y sectores: organismos locales, provinciales, Sindicatos y Hermandades agrícolas, elementos intelectuales y jefaturas técnicas de los servicios. Unos cien gruesos tomos componen el estudio de las necesidades y aspiraciones españolas. En ellos se presentan estudios estadísticos de nuestra demografía, del empleo de la mano de obra, de la distribución y características de la propiedad, de los cultivos, del estado de los servicios municipales, de los abastecimientos de agua, comunicaciones, riquezas mineras y forestales, terrenos incultos, estado de la vivienda y todos los proyectos, iniciativas y aspiraciones en orden al desarrollo de la riqueza, al progreso de su economía y a la mejora social.

La suma y ordenación de estas necesidades ha sido recogida en un estudio de la Secretaría de la Ordenación Económico-Social de la Presidencia, que va a ser entregado, y que ya en parte ha sido tenido en cuenta en la redacción de los programas de obras públicas y en los presupuestos nacionales. Su análisis ha de llenar a los españoles de optimismo, al ver cuántas riquezas, ilusiones y necesidades esperan de los Poderes Públicos y de vuestra cooperación legislativa su redención. Obra ejemplar de comunicación directa del Gobierno con el pueblo en que aquél recoge sus más nobles anhelos.

Reorganización de los Ejércitos

Otra faceta de mayor interés es la de la reorganización de nuestros Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. La serie ininterrumpida de amenazas que durante estos diez años ha pesado sobre nuestra Patria, no nos ha dejado un momento de descanso ni de tranquilidad. A la guerra nuestra sucedió la guerra universal, que nos obligó a montar la guardia en nuestras fronteras, en nuestras islas y en nuestros puertos, y acabada ésta, la anarquía y criminalidad que la guerra universal produjo, trajo a nuestras fronteras la agresión en forma de filtraciones comunistas revolucionarias. Mas, sin embargo, y pese a las obligadas economías a que nuestra obra de Gobierno nos obligaba, se ha ido durante este tiempo perfeccionando y mejorando nuestras organizaciones militares, transformando a nuestros Oficiales improvisados en la guerra, que forzosamente habían de ser recogidos después de tantos años de interrupción de sus estudios y de movilizadas en el servicio de las armas. Si esto ha recargado en alguna medida nuestros presupuestos, sin embargo, nos ofrece la compensación de conservar un cuadro de Oficiales entrenado y conocedor de las batallas, que en las Academias militares han perfeccionado su técnica.

Y un elemento nuevo en este orden lo constituye la creación de nuestra Milicia Universitaria, que nos ha ofrecido una cantera inagotable para crear unos cuadros complementarios de Oficiales estimadísimos en el concepto de nuestros Jefes, que ofrecen para caso de movilización el personal de Oficiales necesario para un perfecto encuadramiento.

Se creó en este tiempo el Ejército del Aire, y si en la construcción de nuevos aparatos nuestros avances se vieron frenados por falta de asistencias exteriores, ya empiezan a salir de



nuestras fábricas, y nuestras escuelas perfeccionadas ofrecen nuevas escuadras de Oficiales aviadores para el servicio de la Patria.

La construcción naval militar tampoco se detuvo un solo momento, y al acondicionamiento de nuestras Bases Navales, que hoy pueden sufrir parangón con las más modernas extranjeras, se une la obra en la construcción naval, en la reconstrucción y modernización de nuestros cruceros, en la construcción de nuevos destructores y en la incorporación anual a nuestras escuadras de otras modernísimas unidades de minadores, de cañoneros y de dragaminas que, siguiendo las enseñanzas de la guerra, constituyen, dado el carácter de las conflagraciones modernas, un sumando importante en la ponderación de la potencia de nuestra Nación.

Y en relación a los mandos superiores, las Escuelas de Guerra y la Escuela de Altos estudios militares han facilitado el perfeccionamiento de nuestros Jefes y de nuestros Generales, pudiendo decir que los Ejércitos españoles, a la excelente calidad de nuestros soldados, unen hoy unos cuadros de mando en calidad y en unidad como hacía muchos años no poseían los Ejércitos de nuestra Patria.

En la apreciación sobre el valor de los Ejércitos son muchos los que yerran deslumbrados por el grado que alcanzó la perfección y la potencia del material y las grandes producciones industriales, decisivas, sin duda, para las grandes y las formales batallas; pero las conflagraciones que en el horizonte se dibujan son guerras que si se pierden es totalmente y para siempre, guerras sin cuartel en las que no cabe la rendición ni el ceder la batalla; hay que pensar en no rendirse nunca, en alimentar una eterna insurrección armada. Y para esta parte

tan decisiva de las futuras guerras pesará siempre más el espíritu combativo, la unidad, la disciplina y las virtudes que la perfección del material de las grandes batallas.

Política española de paz

Mas si del orden interior nos trasladamos al exterior, que tanto ha afectado a la vida española en estos diez años, hemos de reconocer, pese a las dificultades y sinsabores, las victorias que en este orden hemos cosechado. Por haberse adelantado España en muchos años a la batalla que el mundo empieza hoy a librar, hemos aparecido como defasados de las corrientes universales e incomprensidos por otros pueblos. Hay que pasar por las etapas de descomposición política que España pasó, por períodos de anarquía y de decadencia, por tiempos revolucionarios en que la criminalidad se asienta en el Poder, por el dominio absoluto de las hordas manejadas por el comunismo, para comprender toda la importancia y la gravedad hacia las que el mundo camina.

Lo que ocurre hoy en tantos pueblos de Europa que han caído bajo el telón de acero, y que se intenta que suceda en Grecia, no es más que lo que en España estuvo a punto de suceder. No había para nosotros duda adónde caminábamos, por eso preferimos luchar como hombres, aunque pereciéramos en el empeño, que llorar un día como mujeres las desgracias de nuestra Patria. No nos quejamos nosotros de haber sido incomprensidos en aquella hora; es muchas veces necesario pasar por las vicisitudes que otros pasan, para poder alcanzar y comprenderles. Por eso nuestra política fué de serenidad, de no recoger las incomprensiones y las ofensas que se nos inferían, como aquella negación de beligerancia y aquellas intromi-

siones en nuestro bloqueo, que dificultaban y retrasaban nuestra victoria. Hoy, que han pasado más de diez años desde aquellas fechas, que son ya historia pasada, podemos discurrir serenamente sobre los acontecimientos.

La política del Movimiento Nacional español fué una política de paz y de entendimiento con todos los pueblos, porque creíamos que la guerra no es un medio eficaz para resolver las diferencias entre las naciones; pensábamos que, pese a la incomprensión que en los primeros momentos de nuestro Movimiento encontrábamos, podíamos llegar a ser, por nuestra ejecutoria de nobleza, por nuestra hidalguía bien probada y por nuestro desinterés, un lazo de armonía entre los pueblos del Occidente. Y en todos los momentos de entonces evitamos que una justa y humana reacción, ante las dificultades que se nos creaban, pudiera agravar en el pueblo español estados de conciencia seculares. No habíamos terminado todavía nuestra guerra, cuando una de las naciones entonces más poderosa de Europa, y que hasta ahora nos viene distinguiendo con su hostilidad, se apresuró a mandar un Encargado de Negocios a Burgos ante la realidad amenazante de nuestra victoria. Y tan pronto los clarines de la paz sonaron para nosotros, el reconocimiento formal y sin ninguna clase de reservas fué un hecho consumado, e incluso con alguna nación, como la francesa, por la que transitó y adonde fué a refugiarse el despojo de nuestra Patria, se firmó el Convenio, el Jordana-Berard, en que la nación gala daba justa satisfacción a nuestras demandas.

Si entonces España hubiera estado sojuzgada por otro pueblo, ¿cuál era el papel de estas naciones que sin ninguna clase de reservas se apresuraban a reconocernos? Tenían que pasar los años para inventarse la patraña del factor extranjero en la victoria y en la independencia de España.

La forma en que la España nacional defendió su independencia y su soberanía contra toda clase de asechanzas, a nadie puede mover a dudas, pues si no bastase lo que fué la vida pública en la España nacional, la autoridad absoluta de su Gobierno, de sus mandos y de sus Estados Mayores, la presencia de numerosos representantes extranjeros que podrían atestiguarlo, está la propia documentación cogida en los archivos alemanes, donde se demuestra la realidad y cómo ni un solo compromiso contrajo España con aquellas naciones mientras sonó un tiro en nuestra Patria.

Varias veces en aquella etapa peticiones alemanas fueron por mi autoridad rechazadas: una de ellas era la pretensión de un acuerdo económico que sus negociadores, a través de un acuerdo comercial, intentaron arrancarnos, y que en cierta forma podía supeditar un día la economía española a la alemana, y que fué totalmente rechazado; y otra, ocurrida durante el último tercio de la guerra, frente al deseo, por Alemania reiterado, de que España firmase el Pacto Anti-Komintern, que había firmado con otras naciones, y que, no obstante su falta absoluta de trascendencia, pues se limitaba exclusivamente a obligarse a informarse mutuamente de las actividades del Komintern en cada una de las naciones, por un sentido de elegancia y de que no pudiera parecer que, por el hecho de estar nosotros empeñados en una guerra, comprometíamos en lo más mínimo nuestra libertad futura y nuestra soberanía; así se les contestó a los representantes alemanes, y el Pacto no fué firmado hasta que, terminada nuestra guerra, recobrada nuestra total integridad y reconocidos por todo el universo, fuese por mi Gobierno libre y espontáneamente aceptado.

Los sucesos posteriores de Europa, con la segunda guerra universal, vinieron a confirmar de una manera clara y plena

nuestra libertad e independencia, pues ni un solo compromiso pudieron alegar las naciones del Eje para mover a España cuando vieron empeñada su vida y su porvenir en la segunda gran contienda.

Terminada nuestra guerra, cuando España se enfrentaba con su liquidación y su resurgimiento, estalló a nuestro pesar la segunda conflagración mundial. A ninguna nación podía dañar más una guerra de esta naturaleza, en aquellos momentos, que a quienes estaban necesitados de un período de paz y de trabajo. Y pocos hicieron tantos esfuerzos como quien a vosotros se dirige para intentar que la guerra no se extendiese. Si un pueblo beligerante pudo concentrar las simpatías españolas en aquellos momentos, fué precisamente la nación polaca, que despertaba en mí y en todos los españoles las simpatías por su atropello y su desamparo. Roto el frente polaco sin recibir ayudas, presentíamos la invasión comunista por el otro lado, y aun entonces hicimos esfuerzos para que se localizase la guerra, en evitación de mayores daños. La guerra siguió su curso, y España pudo mantener fácilmente su neutralidad con la lucha alejada de sus fronteras.

La guerra, con sus licencias, consintió, sin embargo, todas las propagandas. Los pueblos, en este caso, toman como bueno lo que les sirve y les halaga, y hostilizan lo que no sirve a su pasión. Así no se nos perdonaba el que no compartiésemos su odio hacia Alemania, cuando, a través de la Historia, esta nación había tenido siempre con nosotros una actuación correcta y amistosa. No habíamos recibido de ella agravios y no teníamos por qué hacernos solidarios de quienes nos la presentaban plena de instintos criminales. Si muchas forzosamente habían de ser las diferencias y reservas que el pueblo español, como católico, había de guardar hacia la política y los hasta entonces

poco conocidos procedimientos alemanes, no tenía en la hora de prueba para esta nación por qué exteriorizarlas. Una doble elegancia nos obligaba a no participar en la pasión ajena. No hubiera sido político, noble, ni discreto; y pese a las simpatías o antipatías que en el pueblo español, como reflejo de la Historia, había de originar la contienda, una cosa eran los libres sentimientos personales que los españoles pudieran tener y otra distinta los intereses supremos de la Nación, que había que servir con toda firmeza.

La buena voluntad de España fué en los momentos de prueba tan grande, que, pese a tantos daños como llevaba en los últimos siglos recibidos, no varió la política de amistad para todos los pueblos. Hubiéramos tenido derecho a haber sido en aquel momento lo que hubiésemos querido; ni un solo motivo de gratitud teníamos que guardar para uno de los bandos, y, sin embargo, fuimos neutrales en la segunda conflagración mundial; pero desde que la guerra estalló había determinadas naciones que nos encasillaron en el bando de sus adversarios, y que malpensando que pudiéramos estar comprometidos, trabajaron contra nuestra paz y orden interno, como acusan las indiscretas Memorias de los hombres públicos y el espurgo y publicidad de los papeles de los fallecidos.

Hoy, que los hechos son historia pasada, podemos ya decir que ninguna de las conspiraciones de los servicios extranjeros en España nos pasaron desapercibidas, ni dejaron de ser por nuestros Servicios intervenidas. Cerca de la mitad de los agentes del Extranjero que se emplearon en España fueron hombres de doble servicio fieles a nosotros, que nos tuvieron en todo momento al tanto de las maquinaciones que se preparaban. Si no fuimos en la guerra beligerantes, fué porque no quisimos, no porque no se hubieran cometido torpezas para

provocarnos. Por eso, nuestra actitud pacífica encerró más mérito y sabiduría que la que la malicia ajena intenta hoy otorgarnos.

Datos para la Historia

Yo comprendo que en los momentos trágicos para los pueblos, cuando una razón de vida los acucia, salten por encima de consideraciones de otra especie y se hagan promesas o se lleven a cabo hechos que en ocasiones de normalidad sin duda no se hubieran cometido. La Historia nos tiene a ello acostumbrados. Así, cuando llegaron esos tristes momentos para Gran Bretaña, en que derrotados en Europa sus ejércitos no quedaba en ella ni un solo combatiente frente a los alemanes, y se acercaban éstos hasta nuestras fronteras, se nos hicieron, sin nosotros pedirlo, promesas reiteradas que, por ser hechas casi en «artículo mortis», ofrecían muy poca confianza. Son muchos los telegramas acumulados en nuestros archivos; los memorándums de conversaciones con el Embajador británico, los informes recibidos de nuestro Embajador en Londres de entrevistas con los jefes más responsables y de los que es exponente el interesantísimo telegrama que voy a leeros de nuestro Representante :

«Londres, 2 de octubre de 1941. Al Ministro de Asuntos Exteriores, Madrid. Hoy almorzó en nuestra Embajada Churchill, Eden, Embajador de Inglaterra en Madrid (Hoare) y otros. Primer Ministro, en conversación, me dijo que su deseo era que España sea cada vez más próspera y fuerte, que si Inglaterra gana la guerra, lo que para él no ofrece la menor duda, Francia le deberá mucho, y ella a Francia, nada; por lo que Inglaterra estará en situación de hacer presión fuerte y defini-

tiva para que Francia satisfaga justa reivindicación de España en el Norte de Africa. Según él, Italia quedará como Francia, bastante disminuída, lo que proporcionará a España ocasión de ser la potencia más fuerte en el Mediterráneo, en el cual podrá contar con la ayuda decidida de Inglaterra. Estamos decididos—añadió— a ayudar a España en todo; sólo pedimos que España no deje pasar por su territorio a los alemanes.» Firma el Duque de Alba.

Los Ejércitos alemanes fueron detenidos en la frontera, y cómo fueron cumplidas las promesas lo pregonan la historia de nuestras relaciones de estos últimos años con la Gran Bretaña. Ni el que nuestra neutralidad hubiese servido a la causa aliada, reconocido pública y explícitamente por Roosevelt y Churchill en sus escritos y declaraciones; ni las quejas recogidas en la documentación de los hombres más responsables de Alemania e Italia ante la tenaz negativa española; ni la política seguida por España de evitar en todo momento los conflictos con aquellas naciones de nuestra área geográfica, que una vez comenzadas hubieran constituido una fuente perenne de odios y recelos, como los que durante un siglo vienen enfrentando a Alemania y a Francia, sirvieron para nada; pese a nuestros esfuerzos para guardar la paz, a nuestra pericia en salvar las dificultades y las presiones que sobre nosotros se movían, más de una vez estuvo España amenazada.

Mas hoy, que los acontecimientos quedan lejos, que al pueblo español, aunque con regateos, empieza a reconocérsele su razón y puede mirar las cosas con más filosofía y desapasionamiento, es hora de que pueda conocer a cuánto alcanzaba nuestra razón y a cuánto llegó la sinrazón de los contrarios.

Los momentos más graves que en la guerra pasamos fué en los primeros días de 1944. En las otras ocasiones pudo jugar

nuestra voluntad; en ésta, no : fuimos sujetos pasivos de las maquinaciones extrañas. Acabábamos de lograr en aquellos días, después de penosas diligencias, el mejorar los días de carga de combustible para nuestra Nación; se abría la esperanza a un mayor optimismo por el giro de la guerra y las promesas solemnes recibidas, cuando una campaña artificial en la prensa y radio universales se desencadenó contra nuestra Patria, campaña que coincidía con la emergencia de una negativa en los suministros de carburantes, fundamentada en nuestra venta de wolfram a Alemania. Ni nuestros suministros a Alemania eran los únicos que aquella nación lograba, sino, al contrario, muy inferiores a los que de otros puntos recibían, ni tampoco Alemania, que había empezado la guerra sin fronteras ni comunicación alguna con España, dependía para su esfuerzo de lo que nosotros pudiéramos intercambiarle. Defendimos nuestro derecho como neutrales a comerciar, no el wolfram para los alemanes, como a los mismos hubimos de indicar, y en último extremo, aunque sólo fuera el derecho simbólico a este comercio.

Y cuando durante un mes las negociaciones lentamente se desarrollaban, la visita del Embajador británico, a espaldas del norteamericano, vino a indicarnos que el temporal había pasado, al anunciarnos que si la otra parte no quisiera suministrarlos, estaban dispuestos a hacerlo ellos desde Oriente Medio. Pero, coincidiendo con esto, también las radios y la prensa de Nueva York daban el episodio por saldado, aceptando la fórmula simbólica por nosotros propuesta. Más tarde supimos lo que había pasado : los informes de los servicios de información aliada acusaban la fortaleza y las dificultades de la barrera del Atlántico; Rusia apretaba para que se cumpliera el segundo frente prometido en Teherán; había que ganar tiem-

po e iba a ser la Península Ibérica la sacrificada. Se propuso, en consecuencia, cambiar por un desembarco en la Península el proyecto de desembarco en Francia, y fué el realismo de los soviets, como veréis por los dos telegramas que voy a leer, el que evitó que se llevase a cabo aquella acción que la Historia se encargaría de calificar.

Telegrama del Foreign Office al State Department como consecuencia del Informe presentado por el Oficial General Jorge Strong :

«Londres, 31 de enero de 1944. Llega a nuestro conocimiento y al Gobierno de S. M. el magnífico Informe trasladado por Mr. Harry Hopkins, que el jefe de información secreta americana ha presentado bajo la firma prestigiosa y respetable del Oficial General Mr. Jorge Strong. La Gran Bretaña ve con el máximo interés, simpatía y deseo de acierto las sugerencias del distinguido firmante, tanto más cuanto que a las facilidades que brinda la Península Ibérica (sobre todo de lograrse una doble protesta impotente previa) se une el agrado que seguramente nuestra magnífica y heroica aliada la U. R. S. S. acogería ese puente de acceso a la fortaleza europea. Con la conformidad absoluta de nuestro Premier y del Gobierno de S. M. británica y con nuestra felicitación por el indudable acierto.—*Robert Armit.*»

Telegrama de la U. R. S. S. como consecuencia del Informe presentado por el general americano Jorge Strong y la aprobación inglesa :

«Moscú, 7 de febrero de 1944. ¡Salud y unión! Reunido el Polit Bureau de la nueva República Federada socialista rusa, bajo la alta presidencia del compañero M. I. Kalinin, ve con agrado las frases del comunicado de Wáshington de 4 de febrero corriente, mas no así la copia de la conformidad britá-



nica para algo que hemos rechazado sin discusión. A la R. S. F. S. R. no le interesa en el momento presente la Península Ibérica como simple paso que pudiera detener a sus aliados con una segunda triste parte de la hazaña en Italia, sino el ataque a fondo al Reich por la fortaleza del Atlántico. Toda otra cosa no la estima este Polit Bureau materia de discusión al presente. Ciertamente acogemos la afirmación británica de nuestro enorme interés permanente por la Península Ibérica, pero sabemos cuál es el mejor procedimiento para nuestra mayor necesidad del momento.»

Siguen otros párrafos de menor interés, para terminar :

«¡La victoria o la muerte! En la torre gris del Kremlin, por orden suprema del compañero Stalin Anatoli Laurentief.»

No pretendo con esta importantísima revelación que os hago sino dejar asentado un hecho histórico que guardan celosamente las Cancillerías, que no hemos querido esgrimir en nuestra defensa, pero que el pueblo español tenía con el tiempo que conocer.

España y el dolor del mundo

Muchas son las pruebas de este orden que tenemos y podríamos aportar a vuestra consideración, pero basta con ésta, que explica tantas cosas, para que los españoles puedan comprender la fuerza poderosa de nuestras razones en esta hora en que el mundo parece empezar a reconocerlas. Si todos los archivos de los años de la contienda universal fueran dados en las naciones al viento, como lo fueron los alemanes, ¿cuántas otras razones que hoy desconocemos podrían esgrimirse en nuestro favor?

Al aproximarse el término de la guerra por el peso de la

nación americana, y apreciando en toda su dimensión la nueva era de dificultades que la victoria de los soviets iba a representar, comprendí la necesidad de despejar una situación que por necesidades de la guerra y malos entendidos podía perjudicar a la unidad que Europa necesitaba. Y tenidas en cuenta las promesas que en distintas ocasiones se nos hicieron, el realismo de que siempre había dado muestras la política británica, pretendí el despejar nuestras relaciones con la Gran Bretaña antes de que la guerra hubiera finalizado.

Han tenido suficiente publicidad mi carta al Embajador y la respuesta inglesa para actualizar una victoria que la ceguera ajena había de ofrecernos a corto plazo. Las promesas se las llevó el viento, y en el río revuelto de la postguerra, para servir a las pasiones de las logias y a los marxismos despechados, surgió una etapa de hostilidad contra nuestra Patria y de debilidad del Occidente frente a las maquinaciones de los soviets. De poco sirvió la buena voluntad española y su sentir pacífico, constantemente demostrados frente a una confabulación que ha rebasado todos los límites que se registran en la historia de los pueblos civilizados, y que, pese a concesiones de última hora y a arrepentimientos tardíos, han creado en nuestro pueblo sentimientos naturales de indignación y de desprecio hacia quienes, olvidando los principios de la equidad, del honor y la hidalguía, revolvieron el fango de Europa para arrojarlo contra nuestra Patria.

Poco aprende el mundo con la guerra; siguen perennes en Europa el viejo espíritu de los nacionalismos y de las rivalidades, el espíritu de las zonas de influencia y la conspiración para el debilitamiento de los vecinos. Cuando en 1936 los españoles tomamos la decisión de liberar a España, sabíamos que abrazábamos el camino de la incomodidad, que habíamos

de pechar con las acciones de mala vecindad que en dos siglos de historia habían pesado tanto sobre nuestra decadencia; pero sabíamos también que el progreso de la civilización y las lecciones de la guerra llegarían a convencer a los pueblos que al aumentar la guerra de dimensión y convertirse en conflagraciones universales, las naciones han pasado a ser sumandos de una suma y que es torpe y efímero cuanto intente levantarse sobre la deslealtad, el odio o los rencores entre quienes están obligados a vivir en una misma zona geográfica.

Soñábamos con que nuestra nación pudiera ser un elemento constructivo en una Europa hasta entonces escindida y desviada, que podríamos hacer renacer la política que presidió en nuestros años imperiales, el designio de nuestros grandes Reyes de reconstruir su unidad moral, no la material a que hoy se aspira, sobre la buena fe y el entendimiento de las naciones principales. Estorbó a ello, como veis, la decadencia espiritual de las naciones del Occidente y una filosofía materialista de la historia alimentada por pasiones bastardas y rencores que ni aun en momentos como los actuales, en que media Europa ha sucumbido a la invasión bárbara de una tiranía asiática y antihumana, ha sabido ni por simple espíritu de conservación oponerle una unidad levantada sobre los principios eternos de nuestra civilización cristiana.

Entendíamos que la civilización es toda tolerancia, que sin ella no cabe la convivencia social entre los pueblos; por eso, aunque nuestros naturales sentimientos repugnasen muchas veces el tratar con naciones y con Gobiernos tan alejados de nuestra ideología, supimos sacrificar esa repugnancia a un buen espíritu de convivencia y de buena vecindad. Pero cuando las injurias, las maniobras y la agresión sistemáticamente esgrimidas nos eligen por blanco de su vesania, el desprecio

y la repugnancia española son poco para llenar el abismo que poco a poco de esos pueblos nos separa. No renunciamos a que un día, previa la rectificación de esa conducta, pueda realizarse aquel objetivo de unidad y de entendimiento moral del Occidente, pero es tanto el trayecto recorrido por los caminos falsos, tan terco y enconado el error, que aun considerando la rectificación posible, por necesidad imperiosa de la vida, es preciso dar lugar a que el tiempo cicatrice heridas y permita desandar el camino ya recorrido.

De la mayor parte de los males que Europa hoy sufre hemos de culpar a la política exterior de aquellos Estados que asientan toda su acción en el mundo sobre las zonas de influencia; política de zonas de influencia que ha desencadenado la última guerra y que, pese a la repugnancia americana, entregó a Rusia la mayor parte del Continente europeo. Una cosa es la acción rectora que las naciones más adelantadas, ricas y poderosas se ganan en el concierto de los pueblos, sin menoscabo de la soberanía de los otros, por propia voluntad de las naciones, y otra la que encierran imperialismos políticos o sojuzgamientos económicos que los pueblos todos del universo rechazan. La noble rectoría se asienta sobre el amor, la otra sobre el rencor y el odio.

El mundo marcha tan vertiginosamente que es difícil planear una política que pueda rebasar el plazo de diez años, y si por un lado nos apercibimos de que en esta hora crítica Europa nos necesita, que somos uno de los sillares constructivos del mundo que amanece, por otro nos sentimos desligados y tan lejos de las injusticias que en Europa se cometen, tan divorciados de las concesiones a Rusia y de las debilidades, que afirmamos no habrá paz en Europa mientras aquellas torpes concesiones hechas a espaldas de los pueblos no se rec-

tifiquen, y desaparecidas las zonas de influencia que nosotros abiertamente rechazamos, recobren su independencia y su libertad las doce naciones que en Europa sufren la esclavitud más bárbara.

La única forma para nosotros de afianzar la paz era la de no haber consentido que nadie se hubiera aprovechado de la guerra, pero mientras haya tanta libertad que reivindicar, la guerra seguirá latente, el rescoldo del fuego dormirá bajo el manto del terror para encenderse con los primeros vientos.

España, América y los pueblos árabes

En esta grave situación de Europa, que ha venido a pesar nuestro, no tenemos la menor responsabilidad, y aun por haberlo en tiempo útil denunciado hemos sufrido las iras y las incomprensiones. Ninguno de los pueblos de Europa que han visto desaparecer su libertad y que hoy sufren cautividad bajo la tiranía comunista, ni aquellos otros que se sienten más amenazados, podrán jamás culparnos de haber favorecido su situación ni con nuestro asentimiento ni con nuestra presencia.

Esta exposición de las características más salientes de la política exterior en relación con España explica claramente la nueva etapa que hemos emprendido. Aunque es difícil el separar la política de los Estados de los sentimientos naturales de los pueblos, engañados muchas veces por la malicia y por la propaganda de sus Gobiernos, cuando con esta claridad tenemos que hablar no lo hacemos guiados por el menor sentimiento de hostilidad hacia los pueblos, sino hacia la política que en esta etapa les viene gobernando. Encontramos a los Estados de Europa tan torpes, tan viejos y tan divididos, y sus

políticas tan llenas de marxismos, pasiones y rencores, que sin querer nos empujan a donde nuestro corazón nos llama, a la aproximación y al entendimiento con los pueblos de nuestra estirpe; América atrae nuevamente el destino histórico de España y hacia ella vuelan las simpatías de nuestra nación en una llamada de la sangre, de la fe y del lenguaje. El mar, vencido por la ciencia, es camino que une y ya no es barrera que separa, los espacios se acortan entre los Continentes y hoy distancian más las tierras que los mares.

No ha de extrañar, pues, que nuestra política de amor hacia las naciones de América y de simpatía y de cariño hacia los pueblos árabes, sean jalones en la nueva etapa de la política que empieza, política de amistad y entendimiento con los pueblos de origen hispano que forzosamente había de llevar a la política exterior española a un entendimiento mayor con todo el Continente americano, en el que Norteamérica, por razones de su riqueza y poderío, ha llegado a ocupar un puesto rector.

No existen hoy entre nuestras dos naciones intereses encontrados; si hasta ahora nuestras relaciones han pecado de pobres y han llevado una marcha precaria, ha sido debido al torpedeamiento que otros países apegados a aquel viejo concepto de las zonas de influencia han venido haciéndonos, y a la propia debilidad con que hasta ahora se presenta la política norteamericana. Mas si del orden de las especulaciones afectivas descendemos al terreno de lo práctico, del progreso científico y de las posibilidades de orden económico e industrial, destaca más el valor de la nación americana y a ella vienen dirigiéndose nuestros hombres de ciencia o nuestros industriales cuando necesitan contrastar sus investigaciones o depurar su técnica. Por eso si a Hispanoamérica nos lleva el corazón, a Norteamérica nos conduce el imperativo de una rea-

lidad. No es la política exterior, por otra parte, juego de una sola voluntad, se necesita de la mutua correspondencia, que exista un interés común entre las naciones que afiance las inclinaciones naturales, y que aun existiendo sufre en los tiempos modernos la servidumbre de la velocidad con que cambian las situaciones y muchas veces la falta de visión y de tradición en los organismos públicos responsables de encauzarla.

Y al considerar estas relaciones ha de entenderse que nos referimos a relaciones dignas, a lealtad recíproca y a una amistad clara, esas cosas que se llevan tan poco por el mundo, pero que para nuestras relaciones las consideramos fundamentales. En esto diremos como la canción: «el que así no sienta, que no nos pida amores».

El problema de España nunca ha existido

Dentro de aquel espíritu y deseo de buena relación con todos los países que preside nuestra política exterior, una amistad peninsular, que no defrauda, venimos siguiendo desde hace diez años; y el estrechamiento de relaciones con los pueblos de América y nuestra tradición de simpatía y amistad hacia los países árabes, basada en los lazos de la historia y de la sangre, acaba de dar sus primeros frutos en esa Sociedad de las Naciones, que en los momentos que los comunistas entraban en Shanghai, ¡discutían sobre problema tan importante! Sobre la triple conjunción masónico-marxista-comunista voló la victoria en alas de los mundos hispánico y árabe. No es su contenido el que pueda interesarnos, es sólo el hecho en sí. Jamás habremos de conformarnos con razones de orden práctico, ni ineficacia de anteriores medidas, ni el querer reforzar

la autoridad y el prestigio perdidos de las Naciones Unidas en que pretendía basarse la rectificación, sino en las de fondo : en la ilegalidad, en la injusticia, en la inmoralidad de una falsa acusación. El problema de España nunca ha existido ni puede ser cosa de cubileteos matemáticos; a ello se oponen razones de moralidad internacional. Nuestra autoridad y nuestra razón están por encima de lo que una asamblea sin autoridad sobre nosotros intente resolver. La victoria es, pues, para ellos mismos, para las propias Naciones Unidas, el que, pese a tantas intrigas como pretendieron moverse, hayan podido triunfar la razón y el buen sentido de los pueblos jóvenes amantes de la paz y de la justicia.

Vaya nuestro recuerdo emocionado a los que en todos los momentos difíciles de esta etapa vergonzosa han sabido ser nuestros amigos, y sírvanos de esperanza el conocer que es tanta la hipocresía del mal en que el mundo vive, que muchas veces las manifestaciones que para la galería hacen muchos hombres públicos suelen ocultar otras decisiones más realistas y honestas. Y ante ese panorama que el mundo nos ofrece sentimos la honda satisfacción de sentirnos españoles.

Queda inaugurada la tercera etapa legislativa de las Cortes Españolas.



LA DIGNIDAD DEL HOMBRE Y LA HISTORIA

Por JUAN BENEYTO

LA más alta ventura del hombre consiste precisamente en abrir sus ojos a la fuente de la luz.» Estas palabras de Platón señalan sus posibilidades sobre un efectivo reconocimiento de la dignidad de la persona.

En la dignidad encuentran la razón y la inteligencia el más firme sentido, porque por ellas llega al hombre el soplo de cuanto le hace estar sobre sí.

El alma necesita ámbitos más extensos que los del cuerpo. La vitalidad cultural del hombre estriba en el alejamiento de los objetivos que su propia inteligencia se ha planteado. Si el objetivo deja de ser perenne, acaso deja de ser, al propio tiempo, objetivo. (El fenómeno vale bien una observación: se da igual que en el hombre en los pueblos, explicando así la inacción de los que se entregan al cultivo de posturas cumplidas, y en vez de investigación nace la glosa, en lugar de la línea se vive sobre el punto.)

La Historia puede ayudarnos a comprender este fervoroso avatar del destino de la inteligencia. Dos tipos de saberes, de concepciones de la función del hombre cerca de la sabiduría suenan en dos

ejemplos valiosos : el saber que hace al hombre libre y el saber que le hace experimentado. Jacques de Cessoles y Juan de Salisbery, con cuanto significan las dos corrientes que animan en la mundanidad y en la «sapida scientia», culminan su tesis en la afirmación de que sólo es libre el hombre culto : «sapiens, liber». Otra línea, la humanista, ofrece el ejemplo del saber como experiencia. En Vives y en Erasmo brilla la tesis sobre otra afirmación hecha apotegma : el «sapiens solo longaevus»; la conquista de la ancianidad por la cultura, por el conocimiento del pasado y de lo eterno. También la Sagrada Escritura apoya la actitud, al evocar lo que la ancianidad significa para el hombre.

Mas el tema vital es el político : la bondad de un régimen no está solamente en permanecer, sino en hacer que permanezca el hombre con la plenitud de sus facultades. Antes la Persona que el Estado, y sólo el Estado con la Persona. De ahí que la función y el destino de la inteligencia y de la razón estén ligados irrefragablemente al reconocimiento de la dignidad humana. Este será el mejor criterio para dar un juicio sobre la «optima politia». Y acaso no pueda encontrarse por parte alguna un argumento más poderoso contra el Comunismo y un más favorable ariete contra cuantas actitudes niegan lo que ha sido y es esencial a la doctrina católica.

También la Historia ha venido insertando en los distintos momentos de su desarrollo testimonios vivaces de este destino y juicios de valor sobre sus consecuencias.

Cuando el Estado nace, como en la Francia de Felipe el Hermoso, frente a mundo eclesiástico e intelectual, el primer deseo del príncipe es conquistar la Universidad para su servicio. Pierre Dubois la coloca en la posición de «fille du roy», sometiéndola a tutela bien claramente testimoniada cuando Gerson no tiene inconveniente en juzgar pariguales a este efecto las relaciones de filiación y de servidumbre, y así llama a la Universidad «ancilla regis».

Contra tal tendencia se levantan los hombres fieles a la tradición de las letras y en general los que se ligan a una formación cultural eclesiástica; así Sánchez Arévalo, que ve en la protección de la sabiduría la más alta calificación del rey mismo.

No se niega con ello la función del intelectual hacia la cosa pública. Lo que sirve o puede servir nos lo dice Leonardo de Vinci en su epístola a Ludovico el Moro, hacia 1482. Y lo que puede significar el hombre estudioso en la obra política nos lo da el séquito de Carlos V, que reúne las mejores cabezas en su «rastró», frente a la pintura antigua (de aquel Alfonso XI) del séquito que va de pueblo en pueblo como plaga de langosta.

Tenemos ahí el mecenazgo imperial y el principesco, la posición correcta contra la abstención y frente a la servidumbre. También por entonces la tiranía que está reflejada en el mundo político de los otomanos supo acordar con el tiempo la expulsión de los filósofos. Mateo López Bravo nos señala la pretensión de algunos políticos que «a ejemplo de los turcos» condenan a perpetuo destierro a las que llaman inútiles mentiras de los filósofos... Contra semejante tesis el escritor español se rebela: son—dice—determinaciones y consejos de tiranos, los cuales «gustan más de señorear a esclavos que a libres y de mandar más a bestias que a hombres».

¿Se ve, pues, cómo tornamos siempre al tema de la dignidad humana?

La dignidad del hombre se rebela contra toda domesticación de la inteligencia ajena, que es la propia del que se pretende domesticar. Desterrar a los filósofos era demasiado, matar los sabidores no hay ya quién se decida, pero someter al intelectual es un camino que se ofrece como irremediable tentación. Su ejemplo está en el Metternich que celebran durante un siglo todos los reaccionarios de Europa. El profesor von Srbik sintetiza la teoría metterniquiana, en el aspecto que nos interesa, destacando el programa de vigilar tres cosas que duelen a la Contrarrevolución: las Sociedades secretas, la Prensa y los Profesores universitarios. Otra vez se quiere, con Metternich, tener a la Universidad como quiso Felipe el Hermoso, entre hija y esclava. Son los tiempos en que se combate y se moteja la manía de pensar. Que es también cuando se toma la de gobernarlo todo.

¿Pretendemos ofrecer, anárquicamente, a la Razón y a la Inteligencia una libertad de mundo natural? No; en ninguna forma.

Porque son atributos del hombre han de someterse a cuanto condiciona socialmente la misma vida del hombre: las consecuencias de la comunicación y de la existencia, simbiótica y política, pero también la renovada proclamación de su dignidad.

Contra la servidumbre de la obra espiritual, pero frente al simple naturalismo de su acción, buscando y fijando aquellas razones a las que la Razón ha de estar sometida. En primer término, el orden sobrenatural y divino; en seguida el orden terrenal: la Patria y la Familia.

Contra el reconocimiento de fines supraformales busque el intelectual, para ser fiel a su destino, la amistad de lo que nos coloca por encima de lo perecedero: ese «sidus amicus», señalado por León XIII en su gran encíclica *Aeterni Patris*, como algo más que una simple estrella rectora.

Así podremos cumplir mejor que el hombre antiguo la pretensión humana y platoniana: abrir los ojos a la fuente de la luz.



GLOSA AL CENTENARIO DE SAN FRANCISCO JAVIER

ANTES de llegar a ese archivo de testimonios históricos, a ese relicario de recuerdos místicos que encierra el solar de Javier, se alzan por el sendero de tierras navarras que a él conduce jalones que, cual índices luminosos, alumbran en la noche de los tiempos la esclarecida estirpe del Santo misionero. Entre Pamplona y Sangüesa está Idocin. Allí una vetusta torre, noble resto del palacio de doña Guillerma de Atondo, abuela paterna de San Francisco Javier y ascendiente de los actuales duques de Granada de Ega. En Sangüesa, la Casa Ortiz, con su fachada embellecida por el arte gótico y el prestigio de haber vivido en ella María de Azpilcueta, madre del Apóstol de Indias y antepasada de la duquesa de Villahermosa.

A dos leguas de Sangüesa, y como un contrafuerte de la cordillera pirenaica que limita Navarra y Aragón, la Sierra de Leyre. Sobre ese anfiteatro de montañas, el castillo almenado, fortaleza de fe, templo de historia, donde vió la luz primera, en 7 de abril de 1506, Francisco Javier de Jasso y Azpilcueta, descendiente, por la línea materna, de los Aznárez, que lo eran del duque Eridon Aznar, de cuya estirpe procedían, asimismo, los reyes de Navarra y de Aragón. Estas valiosas aportaciones para el estudio de la genea-

logía de Francisco Javier logró establecerlas, dándolas a la publicación tras de repetidas búsquedas e investigaciones en el archivo familiar de los duques de Granada de Ega, el sabio jesuíta padre Cros, autor de una documentadísima biografía del glorioso patrono de Navarra que apareció en 1900.

Las más antiguas noticias del castillo de Javier datan de los comienzos del siglo décimotercero y se hallan en el «Cartulario de Don Teobaldo, que cita y copia el famoso analista del reino de Navarra, padre Francisco de Alesson, de la Compañía de Jesús.

En el año 1217, siendo rey de Navarra Don Sancho el Fuerte, la fortaleza de Javier, fronteriza de dos reinos, le era disputada por Don Pedro, rey de Aragón, que llegó a apoderarse de ella; mas conveniencias políticas obligáronle de nuevo a cedérsela en 1223, y desde entonces la villa y castillo de Javier fueron propiedad navarra.

El primer ascendiente del Santo apóstol que lo morara fué don Aznar de Sada, que lo recibió por donación real en el año 1236.

Los abuelos del Santo, Arnalt Périz de Passo y Guillerma de Atondo, vivían en Pamplona con la opulencia propia a su alto rango de «infanzones o hijosdalgo». Fiel a su rey, Don Juan de Aragón y de Navarra, cuando las desavenencias que éste tuvo con su hijo el príncipe Carlos de Viana, perdió Arnalt Périz de Jasso, «auditor de Comtos y «finanças», su casa y bienes de Pamplona, sacrificio que procuró recompensarle dicho monarca, el cual también fué padre del primer duque de Villahermosa, el esforzado don Alonso de Aragón.

Señores del castillo de Javier fueron los Aznárez, y el último de ellos, no habiendo tenido más que una hija, doña Juana, casó con don Martín de Azpilcueta y son los abuelos maternos del Santo, pues la mayor de sus hijas, María, dió su mano al doctor Juan de Jasso, de cuya unión nació el insigne Francisco.

En el castillo se conservan intactos, pese al transcurso de los siglos y restauraciones habidas en él, la pila bautismal donde recibió el agua redentora nuestro Santo; también algunos objetos de su pertenencia, el de más estima un Cristo milagroso, de gran valor

artístico, que se venera en la capilla; las cuentas de un rosario y varios juguetillos de plata, marfil y madera labrada, que se guardan en una urna, así como otras reliquias atesoradas piadosamente, porque en ellas puso las manos el celoso discípulo de Cristo. Las huellas de sus plantas se marcaron en los tramos de piedra de una escalera que una verja de hierro separa ahora de ajenas pisadas. Dicho lugar, consagrado a la memoria del Santo, está presidido por una imagen del divino Francisco y pone en comunicación la torre de San Miguel con un patio que debió ser caballeriza primitiva del castillo de Javier. Ahora se halla piadosamente protegido por una cubierta de cristales decorados y mármoles con labor calada. En el zaguán de la escalera está la «Capilla doméstica», que data de 1620 y en la que recibe culto ese Crucifijo monumental a que nos hemos referido. Las leyendas de Javier describen cómo fué hallado en el hueco de un muro, y los historiadores señalan la remota antigüedad de la imagen, que elevan a los primeros tiempos del cristianismo. Existe la milagrosa creencia de que el Cristo «sudaba sangre» a la misma hora que moría, en 1552, el apóstol de Indias. Esta efigie del crucificado figuraba en las procesiones organizadas en Sangüesa durante el siglo XVII.

Hasta la edad de dieciocho años, el que luego habría de ser fervoroso apóstol de la cristiandad, habita en Javier con su madre y hermanos, pues su padre había muerto cuando todavía él era un niño. En 1523 marcha Francisco a París, a fin de estudiar en su Universidad. Allí del conocimiento con su compatriota Ignacio de Loyola se determina la vocación mística de uno de los más gloriosos Santos de la Iglesia Católica.

Sus heroicas virtudes le impulsan a la evangelización de Oriente, cuyas remotas tierras recorre desde el año 1541. Ante el fecundo apostolado del jesuita misionero se someten a la salvadora influencia de la civilización cristiana millares de seres.

En 1552 muere Francisco a la vida humana, dejando tan luminoso rastro de inmortal santificación en su seráfica conducta, que mueve a algunos familiares suyos a seguirle en el camino de virtudes que conduce a la morada eterna. Así su hermano Jerónimo y

otro sobrino, que ingresaron en la Compañía de Jesús. Murió éste en el colegio de Salamanca, cuando acariciaba la idea de marchar a Indias para continuar la labor redentora del Santo.

En el año 1614 se inició en la catedral de Pamplona la causa de beatificación de Francisco Javier. Por entonces el castillo que fué su cuna y que (al decir de Francisco de Azpilcueta, primo hermano del Santo) conservaba su traza de «palacio de cabo de armería o casa solariega de hijosdalgos con troneras y saeteras rodeada de foso que salva un puente levadizo», era visitado por numerosos peregrinos, que besaban el suelo del aposento donde nació Francisco.

En 1614, Fermín Cruzat y Sabalza, párroco de Santa María de Javier, testificaba en el proceso de beatificación que «visitantes venidos de Indias se llevaban astillas arrancadas de las puertas del castillo y le prestaban adoración besando sus paredes».

En 1620 celebran Sangüesa y Pamplona la beatificación, tomándole por patrono Navarra, Zaragoza y Tarragona.

En 1622, la Diputación de Navarra presta el juramento de patronato del Santo, cuya canonización se celebra con explosiones de fe y entusiasmo. Llena el mundo la glorificación de Francisco de Jasso y se immortaliza el nombre de Javier.

En 1743, don Antonio de Idiáquez, conde de Javier, fundó una capellanía mayor en ese feudo de sus antepasados, cuyas venerables torres, tan desmochadas, habían perdido toda su histórica apariencia de escalonadas líneas de defensa. Ya no parecía un castillo, sino un viejo caserón rodeado de cercas, que circundaban el jardín de sombrío aspecto por los muchos cipreses que en él crecían. Del monumento señorial del pasado sólo perduraban los timbres caballerescos que en relieves heráldicos dejaron los Jasso y los Azpilcueta. El escudo de su noble linaje, sostenido por dos ángeles, campeaba aún sobre la piedra de sus ruinosos muros. Pero el blasón esculpido en esa fábrica, ya derruida, quedaba como una profecía de que le estaban reservados al castillo de Javier los más altos destinos, puesto que volvería a asentarse sobre él un inmovible baluarte de fe cristiana.

A mediados del siglo XIX, al morir un duque de Granada, conde

de Javier, se dividieron sus Estados y títulos entre sus dos hijas, por no dejar heredero varón. Recayó el señorío de Javier en la segunda, doña María Josefa de Idiáquez y Corral, duquesa de Villahermosa por su casamiento con don Marcelino de Aragón Azlor. De este matrimonio nació una hija, heredera del ducado de Villahermosa y del señorío de Javier, a quien le estaba reservada la dicha de devolverle al castillo antañón todo el esplendor de su pasado fastuoso. En las venerables ruinas del palacio de los Jasso y Azpilcueta iba a perpetuarse el renombre santificado de Francisco Javier.

En 3 de diciembre de 1882, el excelentísimo señor don José de Goyeneche y Gamio, conde de Guaqui, como demuestran documentos de la época, se dirige por oficio a la Excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, a fin de comunicarle el designio de su esposa la duquesa de Villahermosa, de restaurar el castillo de Javier, cuna de su ilustre antepasado el Patrón de Navarra.

En ese mensaje se pedía a dicha entidad cooperación para que fuera construída un carretera que facilitara la comunicación entre la villa de Sangüesa, el castillo de Javier y el famoso Monasterio de San Salvador de Leyre. Al poco tiempo, la Diputación navarra accedía a esa súplica de los señores de Javier: los escarpados vericuetos que elevaban al castillo, de difícil e incómodo acceso, dejaban paso a una bien trazada y amplia carretera, que intensificaba notablemente el tránsito rodado, indispensable al iniciarse las obras de reconstrucción del castillo. Inmediatamente dieron comienzo éstas, bajo la dirección del arquitecto navarro señor Goicoechea. No sólo se devolvió al palacio ancestral su perdido decoro y arcaica fisonomía, sino que se procuró adaptar la antigua morada de los Jasso y Azpilcueta, en su hechura interior, al objeto a que iba a ser destinado: convento de los hijos de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

Interrumpidas momentáneamente las obras, ya muy avanzadas, en el mes de febrero de 1893, por fallecimiento del señor conde de Guaqui, que era el alma de tan magna empresa, su viuda, doña María del Carmen Azlor de Aragón, apenas repuesta de su doloroso quebranto, se empeña con máxima celeridad en el resurgi-

nimiento de Javier. En el año de 1895 se corona felizmente el propósito, que convertía un caserón con aspecto de palomar en soberbio edificio. Por su empaque grandioso resultaba ser joya representativa del pasado histórico que simbolizaba. Asimismo, adecuado albergue del espíritu misionero y cultural que en lo futuro contendrían sus muros, destinados a fundación de un seminario apostólico. En él se formarían los discípulos de Francisco Javier, continuadores de su labor al difundir la fe de Cristo y la civilización hispana en lejanos continentes. Restaurado el castillo de Javier y ya habitado por los herederos espirituales del Apóstol de Oriente, la duquesa de Villahermosa comprendió asimismo que su obra podía tener digno remate en la erección de una soberbia iglesia aneja al castillo y en sustitución de la capilla, cuya construcción databa del siglo XVII. Esta idea vino a enlazarse con otra, que acaso fué la impulsora de la pronta realización de ambas. Consistía el proyecto en cimentar dicho templo, contiguo a la Residencia de los hijos de Ignacio de Loyola, sobre una cripta en la que, a la sombra augusta, al amparo secular y ancestral de San Francisco, pudieran dormir su sueño eterno los fundadores de toda esa obra impercedera de divina glorificación.

La primera piedra de la cripta fué colocada el 24 de mayo de 1896, domingo de Pentecostés. Asistieron al acto el obispo de la Diócesis y el superior y Comunidad de Jesuitas establecidos ya en Javier. Ocho meses después terminaban las obras de esa cripta funeraria, que iba a servir para enterramiento de los duques de Villahermosa, condes de Guaquí. A los cinco años justos se inauguraba el magnífico templo consagrado a San Francisco Javier, en solemnísimas ceremonias que tuvo lugar el 19 de junio de 1901. Estaba presente la generosa donante, doña María del Carmen Azlor de Aragón e Idiáquez, duquesa de Villahermosa, a la que acompañaban diversos prelados. Ostentaba la representación de Su Majestad el Rey el duque de Luna, cuya estirpe estaba vinculada igualmente a la del Santo Apóstol de Indias.

En ese confín de España que limita el baluarte pirenaico, como gigantesco libro de horas que se abriera a la devoción navarra, se

perpetuaba, en piedra de historia, la gloria mística de Francisco Javier y la piedad fecunda de su ilustre descendiente la duquesa de Villahermosa.

Los ángeles tenantes del blasón del castillo de Javier elevan al cielo desde entonces esos lemas heráldicos del NIHIL ULTRA y VIRTUS VERA, NOBILITAS entre nubes infinitas de incienso. Los peregrinos que vayan a Javier podrán leer, antes de entrar en su iglesia, estos versos ejemplares, predisposición de fervorosas oraciones :

*Detén tu paso y reflexiona atento,
antes de penetrar estos umbrales,
que vas a visitar un aposento
que merece respetos celestiales.
Aquí nació Javier, aquel portento
que en la India y playas orientales,
con un celo ferviente y nunca visto,
granjeó medio Globo a Jesucristo.*

JULIA MÉLIDA.



OXFORD Y CAMBRIDGE MODELOS UNIVERSITARIOS

Por LORD LINDSAY DE BIRKER

Al hablar de las Universidades británicas, conviene establecer la diferencia entre las escocesas y las de Inglaterra y Gales. Durante largo tiempo, la enseñanza en Escocia ha sido totalmente distinta de la inglesa. Hasta fines del siglo XIX, Escocia era una región instruída, mientras que Inglaterra no lo era. La razón de tal diferencia puede encontrarse en las condiciones de vida de cada región. La primera se desenvolvía, por entonces, en un ambiente pobre y socialmente democrático, y desde el siglo XVII gozaba de un buen sistema de escuelas parroquiales. En religión era esencialmente presbiteriana, lo que significa que el clero poseía buena cultura y tendencias democráticas. En Escocia ha habido universidades desde el siglo XVI, siendo la más antigua la de St. Andrews, y la más moderna la de Edimburgo, fundada en 1583. En 1934, la proporción de alumnos universitarios, respecto al total de

la población, era en Escocia de 1 por 473, mientras que en Inglaterra no pasaba del 1 por 1.013.

En Inglaterra, hasta fines del siglo XIX, la enseñanza superior ha estado reservada a una minoría; las grandes universidades de Oxford y Cambridge eran, casi exclusivamente, centros en los que se educaban los hijos de «buenas familias». En 1832 se creó la universidad de Durham, y la de Londres, en 1836. A partir de esta época fueron abriéndose nuevas instituciones de carácter universitario, entre las que se cuentan las de Manchester, Liverpool, Leeds, Sheffield, Birmingham, Bristol, Reading y Newcastle. La universidad de Gales se fundó en 1893, y la de Londres fué reorganizada en 1900, siendo en la actualidad la mayor de Gran Bretaña.

Métodos de enseñanza

A diferencia de las de Oxford y Cambridge, las universidades modernas están situadas en grandes poblaciones y carecen de internado. La enseñanza se lleva a cabo principalmente, mediante explicaciones de cátedra, dadas a toda una clase. Oxford y Cambridge se componen de diversos colegios, en los que residen la mayor parte de los estudiantes, y la casi totalidad de la enseñanza se da individualmente o por pequeños grupos, de dos a cinco alumnos, más bien que por el sistema de explicaciones generales a toda una clase.

A partir del siglo XX, la enseñanza superior ha experimentado en Inglaterra una constante democratización; ya no es privilegio de unas cuantas familias, ni se halla circunscrita a las llamadas «Public Schools»—escuelas que en contra de lo que parece indicar su título, son de carácter particular—. Des-

de principios del siglo actual, las autoridades docentes de los distintos condados en que se divide el país, han venido facilitando medios para el desarrollo de la segunda enseñanza, que se ha logrado hacer extensiva, con carácter gratuito, hasta la edad de quince años y que dentro de algún tiempo se ampliará a los dieciséis, de acuerdo con la ley de Instrucción Pública aprobada en 1944.

También en las universidades se ha seguido un proceso de democratización. A partir de la primera guerra mundial, el Estado y las autoridades regionales han establecido un régimen de becas, que permite a los estudiantes de cualquier clase social cursar sus estudios gratuitamente en cualquier universidad, incluidas las de Oxford y Cambridge. Ya antes de la última guerra, más de la mitad de los alumnos de Oxford contaban con alguna clase de ayuda oficial, y algunos tenían cubiertos todos los gastos de enseñanza y residencia.

Hacia una mayor uniformidad de sistema

Al mismo tiempo, la diferencia entre las universidades antiguas y las modernas, aunque sigue siendo considerable, ha ido suavizándose. Las nuevas van facilitando residencias u hospedajes a sus alumnos y dando clases individuales o a pequeños grupos. La tendencia general en Gran Bretaña es hacia una mayor uniformidad de enseñanza, que disminuya los antiguos contrastes.

Los ingresos de las universidades británicas tienen diversas fuentes de procedencia, a menudo de carácter particular. Antes de la última guerra, puede decirse que el Estado contribuía tan sólo con una tercera parte a los gastos de las uni-



versidades. En 1945 la suma aportada se elevó a cinco millones y medio de libras, y en 1946, a más de nueve millones. Para 1951 se tiene el propósito de que alcance los doce millones de libras esterlinas, lo que casi representa las dos terceras partes del total de ingresos obtenidos por las universidades. Los demás ingresos no han aumentado mucho en los últimos años, y en la actualidad, la contribución del Estado se calcula en una mitad de aquéllos.

La primera concesión económica oficial se hizo en 1919, en que se distribuyó un millón de libras entre universidades y colegios universitarios. Por aquel entonces se abrigaba el temor de que las subvenciones oficiales pusieran en peligro la independencia de aquellos centros docentes. Sin embargo, la experiencia demuestra que no ha ocurrido así, y se espera que en adelante tampoco suceda, pese a la mayor aportación del Estado para el incremento de la segunda enseñanza.



HECHOS

LA CREACION DEL “PREMIO CERVANTES”

UNA de las hondas preocupaciones del Estado español es la de incrementar, impulsar, ayudar todas las actividades intelectuales. Entre éstas destacan, como es lógico, las literarias. El escritor ha merecido, así, una atención que hasta ahora no tenía, y ello se ha demostrado mediante la creación de grandes premios literarios, que sobrepasan, en lo económico, cuanto se hallaba establecido y venía rigiendo en este tipo de galardones, concedidos por corporaciones, fundaciones y entidades particulares.

Existían hasta ahora—instituidos por el Estado—los dos grandes, preciados y codiciados premios que llevan los nombres de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera. Se discierne el primero a los ensayistas. Los mejores trabajos en el género ensayístico son seleccionados, y aquel autor que reúna el más notable conjunto, o la obra más digna de destacarse, obtiene la recompensa. El «Premio José Antonio Primo de Rivera» está dedicado a la Poesía. El florecimiento y constante desarrollo poético que se viene registrando en nuestra Patria, de acuerdo con una de sus tradiciones más sobresalientes, la de dar extraordinarios poetas,

se estimula con el citado galardón. Pero faltaba, no cabe duda, otro premio, éste para la Novela. Se ha hablado mucho de la novela en España. Se ha hablado tanto de crisis como de resurgimiento; mas es lo cierto que quienes se dedican al cultivo de lo novelesco, de tan suprema labor creadora, necesitaban un aliento, y ya no era suficiente el que proporcionan los reconocimientos y compensación de muy estimados galardones, pero que no reúnen la cuantía adecuada para ofrecer a quienes los ganan un desahogo, por un tiempo determinado, que les permita continuar su labor y perfeccionarla de espaldas a las duras exigencias vitales del instante.

Por eso la creación del Premio Cervantes es un indudable acierto. Tanto las recompensas Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera como ahora Cervantes, están dotadas de 25.000 pesetas en metálico, más el crédito y el prestigio que supone obtenerlas, y que abre ancho campo al renombre del autor favorecido con ellas.

La Real Academia Española tiene galardones para distintas facetas de la labor literaria; pero éstas han de atenerse al numerario de las fundaciones a que se deben, y como datan de tiempo, su provisión económica no alcanza a las presentes necesidades de la existencia para constituir un apoyo eficaz en cuanto al orden crematístico. Dan honor, desde luego; acreditan a un autor, lo lanzan, si éste es desconocido o poco conocido; mas no son, hoy, en el exacto sentido de la palabra, remuneradoras.

En la actualidad, aunque no con tanta prodigalidad como en la poesía, existe un buen grupo de novelistas españoles jóvenes, con esa juventud en la que ya se inicia una fecunda madurez, que merecía la atención, el cuidado que ahora se les otorga con la creación del Premio Cervantes.

La novela es un género difícil, que requiere un tenaz cultivo, muchas horas dedicado el escritor a planear la acción a inventar, o traspasar de la realidad a la ficción los incidentes y avatares de los personajes, y muchas, igualmente, consagradas al estudio y la observación de los caracteres de éstos. Creando los estímulos, ya

es sabido que se crea la vocación, la afición, y que ésta pasa de los cultivadores, de los propios profesionales, al público, por medio de una comunicación misteriosa, pero auténtica, es decir, real.

La idea de crear un Premio Cervantes y haber llevado a cabo su creación, no puede ser más feliz, más afortunada. Bajo la advocación del glorioso manco, el primero de los novelistas universales de todos los tiempos, irán apareciendo, destacándose, los valores nuevos que merezcan la pena, que se revelen con talento y dotes impares de creadores de novelas.

El editor, indiferente hacia un autor, hacia una determinada obra, no lo será si obtienen un día el galardón preciado. Al contrario, el novelista se verá solicitado por quienes antes le habían rechazado o discutido.

En la época en que vivimos, los premios literarios han alcanzado verdadero auge y se ha restablecido la justa estimación hacia ellos, perdida en anteriores etapas. Y nada tan cierto como que esto se ha logrado con las recompensas nacionales, cuya cuantía las ha hecho codiciables, así como la seria propaganda que llevan consigo y la divulgación que implican de un escritor y su obra.

Faltaba, pues, la preocupación por el novelista español; se echaba de menos, ya que se advertía la existente por los cultivadores de otros géneros de literatura. Pero ya el cuadro, a nuestro juicio, está completo en cuanto a la atención de las grandes ramas de la creación literaria.

Y esto, no cabe duda, hará que la novela en nuestro país acelere su marcha, se active su producción y, en el orden de las emulaciones, se obtengan obras cada vez más perfectas.

AUGE DE LAS CONSTRUCCIONES DOCENTES EN CANARIAS

LA última guerra mundial creó en Canarias tremendos problemas de índole económica. Prácticamente quedó nuestro hermoso archipiélago aislado de rutas comerciales; hasta las comunicaciones con la Península estuvieron sometidas a dificultades rigurosas muy difíciles de resolver. En el mar los peligros aumentaban como consecuencia de la guerra submarina y de los convoyes cuantiosos que Norteamérica mandaba a Europa.

La economía canaria se resintió pronto; sus exportaciones al extranjero quedaron muy reducidas, como las importaciones. Entonces surgieron agobiadores problemas que era preciso resolver con urgencia, sin esperar trámites.

Así se creó el Mando económico, la concentración de poderes y responsabilidades de distintos organismos en uno sólo, bajo la presidencia del ilustre general don Antonio García-Escámez, por Decreto de la Presidencia del Gobierno de 5 de agosto de 1941. En cinco años de actuación, el Mando económi-

co tuvo que atender lo mismo a la rápida exportación de productos agrícolas típicos de Canarias—tomate y plátano—, como a la marcha de sus industrias—la del tabaco especialmente—, y a los trabajadores; lo mismo a los transportes y abastecimientos que al desarrollo de una política social—barriadas de casas económicas—. Cuadro amplísimo de actividades que solamente esbozamos en sus trazos fundamentales para que se imagine el cuadro complicadísimo y las soluciones apremiantes que exigía.

Hemos de señalar con singular complacencia cómo las obras de construcciones escolares realizadas más intensamente hasta la fecha en España a partir del Movimiento, corresponden a la iniciativa feliz y generosa de dos figuras insignes de la Milicia: el general García-Escámez, en Canarias, y el teniente coronel del arma de Infantería don Carlos Ruiz, en Madrid. Ambos aman fervorosamente al niño, tienen puestas en el Magisterio sus más optimistas esperanzas y creen que las nuevas generaciones podrán, a través de la Escuela, amar a España con la recia intensidad y vibración por todos anhelada. Estas dos grandes figuras han realizado su labor con sencillez emocionadora. Señalada la obra que el gobernador civil de Madrid ejecuta, vamos ahora a concretar la del general García-Escámez, en Canarias, como jefe del Mando económico.

El general ha atendido especialmente a la resolución del grave problema de los edificios escolares, pero sin desatender por eso otras cuestiones relacionadas con la escuela y sus instituciones y aun con otros aspectos ligados a ella. Así, por ejemplo, protegió a los Huérfanos del Magisterio, estableció premios para los niños que tuvieran mejor asistencia y requirió en todo momento la colaboración de los inspectores para resolver las cuestiones que se presentaban.



Aún existían asuntos de mayor fondo, que constituyen hoy la preocupación de todos. Son los que se derivan de la aplicación del artículo 18 de la Ley de Educación, por lo que se refiere tanto a la graduación de la enseñanza como a la iniciación profesional en la escuela. Faltaban talleres, y el general dotó de abundante y excelente material a centros ya acreditados por tradicional especialización y amplió otras instalaciones existentes, como las Escuelas profesionales de San Juan Bosco, a cargo de salesianos; el Hogar-Escuela de María Auxiliadora de la Caja de Ahorros, y también el Reformatorio de Menores de Santa Cruz de Tenerife.

Pudimos visitar las dos primeras instituciones, comprobando una vez más la espléndida labor que realizan los Hijos de San Juan Bosco. Además de las secciones de enseñanza primaria funcionan talleres completos de carpintería, sastrería, mecánica e imprenta. Una lápida en el patio de las escuelas perpetúan la obra del soldado ilustre que tanto se preocupó por la juventud obrera.

La Caja de Ahorros que dirige don Augusto Romeo ha creado un centro, espléndido en todos sus aspectos, para educación femenina. Edificio moderno, bien dotado, reúne excelentes condiciones para la obra meritísima que las Hijas de María Auxiliadora realizan con la numerosa matrícula de niñas internas y externas del Hogar.

El asilo antiguo, mundo repelente en sus múltiples aspectos, dejó de existir en Tenerife. Bellas y modernas instituciones acogen a la infancia desvalida. Son el Hogar de la Sagrada Familia, maravilla de finura arquitectónica y de ternura en su funcionamiento, y este Hogar-Escuela de la Caja de Ahorros en el que la alegría, la luz y las canciones forjan un himno fecundo a la fe creadora de la nueva España.

Queda ya fuera de la hermosa capital tinerfeña una gran labor del Mando que enumerar, dejando aparte las iglesias, ermitas y cementerios construídos; las obras sanitarias y de beneficencia hechas; los mercados, suministros de energía, carreteras, pantanos, etc., etc., que en todas las islas dan sensación de una labor creadora digna de mayor difusión y conocimiento.

El Mando adquirió solares para construir los nuevos pabellones de la universidad de La Laguna, por valor de 700.000 pesetas, y construyó en el barrio de la Punta un grupo escolar de seis secciones, que importó 358.299,01 pesetas; un grupo escolar de ocho secciones, con viviendas para maestros en Puerto de la Cruz, por 739.768,50 pesetas; un grupo escolar en La Guancha (Tenerife), por 323.983,71 pesetas; un grupo en la Barriada de Pescadores del Puerto de San Marcos (Icod), por 160.669,05 pesetas; un grupo con viviendas para maestros en Fuencaliente (La Palma), por 266.957,50 pesetas; una escuela, en colaboración con el Ayuntamiento, en Breña Baja (La Palma), por 35.000 pesetas; un grupo escolar de ocho secciones y casas en San Sebastián de la Gomera, por 199.719,85 pesetas; dos escuelas con casa en San Andrés (Hierro), por 70.000 pesetas; un grupo de ocho secciones en la Barriada Generalísimo Franco, en Las Palmas; un grupo de ocho secciones en San Mateo (Gran Canaria), por 267.876,25 pesetas; un grupo de ocho secciones en Santa Brígida (Gran Canaria), por 236.693,75 pesetas; un grupo de ocho secciones en Villa de Agaete (Gran Canaria), por 437.735,30 pesetas, y más, muchos más grupos y escuelas, que no detallamos para no hacer esta enumeración demasiado larga, aunque nombres y números salten gozosamente a nuestras cuartillas en demostración de la fecundidad de una labor, repitamos, poco difundida en

la Península, aunque sí estimada como se merece en el Ministerio.

No basta la simple exposición de la obra del Mando en materia de construcciones escolares. Se precisa realzar también el estilo arquitectónico de ellas, gracioso y amable, con toques coloniales muchas veces de una gran belleza—miradores tallados finamente, vigas descubiertas, artesanado—, como el grupo del Generalísimo, en la barriada de viviendas García-Escámez, en Santa Cruz de Tenerife. Otra característica es la variedad y delicadeza de líneas que rompe con la un poco monótona y aun gris de los antiguos edificios. Véanse las escuelas de Arrecife (Lanzarote), las de Agaete (Gran Canaria), el grupo de Puerto de la Cruz (Tenerife), el de la Cuesta (La Laguna), el de Fuencaliente (La Palma) y el de Arrecife (Lanzarote), en demostración de cuanto decimos.

Algo hay que no puede aparecer en las fotografías; son las flores variadísimas y de perfume intenso, el cielo azul maravilloso, los bellos horizontes de unas islas Afortunadas, cuyo sin par atractivo deja en el alma una estela de recuerdos inolvidables.

Solamente en el capítulo de construcciones escolares oficiales, grupos, escuelas y viviendas para maestros, el Mando gastó en Canarias la respetable cantidad de 7.840.975,30 pesetas.

En esta espléndida campaña han colaborado los Ayuntamientos con entusiasmo impresionante. En todas las islas hay un interés por la escuela, un celo por la enseñanza, unos afa-nes de renovación, un amor por los niños, que ha de lograr una profunda transformación de estas hermosas provincias españolas.

No se agotó el capítulo; queda el estudio del interior de

los edificios y el del material escolar. Preferimos muestre uno y otro la fotografía de una clase del Grupo Escolar de La Cuesta.

El general García-Escámez ha estado en contacto con el Magisterio, al que en todo momento ha dirigido palabras de aliento, asiste a los actos públicos con él relacionados, y escucha interesado cuanto haga referencia a la Escuela y al Maestro.

Entre las muchas y valiosas condecoraciones que el general ostenta en su pecho lucirá otra solicitada por la Inspección de Enseñanza primaria, y el Magisterio de las islas ofrecerá entonces un homenaje de gratitud al general García-Escámez, que a sus timbres de soldado valeroso sabe unir sus desvelos en favor de la Escuela y del Maestro.

ALFONSO INIESTA



LA ACADEMIA DE CIENCIAS CUMPLE SU PRIMER CENTENARIO

FUE FUNDADA POR ISABEL II Y EN SUS SILLONES SE SENTARON ECHEGARAY, RAMON Y CAJAL Y TORRES QUEVEDO

A la conmemoración de la gloriosa efemérides asistieron prestigiosas figuras del mundo científico

EN plena floración científica, cuando el método experimental en el estudio de los fenómenos naturales daba ricos y sazonados frutos, nació la Academia española de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que ahora conmemora su primer centenario. Los nombres de Liebig y Dumas evocan la época del florecimiento de la Química, junto a los de Henke y Herschel en Astronomía y Gauss en las Matemáticas.

Sobre bases de cultura y de progreso vió la luz en 1847 la hoy centenaria corporación. Fué creada por Doña Isabel II y refrendó la ley su ministro de Comercio, Instrucción y Obras Públicas, don Mariano Roca de Togores, ilustre hombre público, que durante muchos años había de figurar en la política española con el título de marqués de Molíns.

La nueva corporación fué declarada de igual categoría y prerrogativas que las tres existentes entonces: la Española, la de la His-

toria y la de San Fernando de Bellas Artes, viniendo a ser, por tanto, la cuarta en el orden de prioridad que hoy conserva.

Siguiendo la costumbre establecida en casos análogos, la reina nombró por una sola vez la mitad de los 36 académicos con los que había que contar la nueva corporación y designó como presidente interino al marqués de Socorro. Poco después se nombraron presidente y secretario efectivos, cargos que recayeron en el general Zarco del Valle y en el médico don Mariano Lorente. La Academia quedó constituida definitivamente el 5 de diciembre de 1847.

Dos primordiales objetos científicos llevó a cabo desde los primeros momentos: la formación de una biblioteca y la publicación de los trabajos de los académicos y de los premiados en los concursos que al efecto se convocaban.

De 1850 data la Colección de Memorias que actualmente continúa publicándose, y en 1854 comenzó a editarse la *Revista de los Progresos de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, sustituida después por el actual *Boletín de la Academia*.

Otra iniciativa interesante se registra en estos primeros años: la formación de un diccionario de los términos técnicos usados en todos los ramos de las Ciencias que forman el objeto de las tareas de la Corporación.

En el terreno internacional la nueva Academia se relacionó en seguida con sus congéneres de otros países, y en 1852 inició la formación de la carta topográfica de España.

En 1863 publicó los llamados *Libros del Saber de Astronomía* de Alfonso X el Sabio, que constituyen en el terreno científico una obra fundamental para el conocimiento de la cultura universal del siglo XIII, y en el tipográfico, una joya pocas veces superada por su gran formato, su magnífico papel especial, sus tipos perfectos y su regia encuadernación.

En 1882 dió comienzo la publicación del Anuario de la Academia, con tan perfecto plan, que no ha sido modificado sustancialmente en medio siglo largo que lleva de existencia, y que aún hoy es, con gran diferencia, mucho más completo que todos sus similares.

En 1888 Echegaray y Becerra representaron a la Academia en la Comisión organizadora del IV Centenario del Descubrimiento de América.

El nuevo edificio

Después de muchas vicisitudes y traslados, de piso en piso, siempre a base de modestas viviendas, en 1866 la Academia de Ciencias Exactas se establece en la Torre de los Lujanes. Pero en 1893 se traslada definitivamente a un viejo caserón de la calle de Valverde, actual residencia de la Corporación. El edificio está ahora totalmente reconstruido. Moderna construcción, líneas severas y fachada típicamente ochocentista. Circundado por amplias y alegres galerías, dispone de tres pisos con salas de juntas para las distintas secciones, las secretarías correspondientes y un amplio y acogedor salón de actos, en cuyo testero principal figura un soberbio dosel con el anagrama de la Academia.

Tres secciones comprende la Corporación: la de Ciencias Exactas, la de Fisoquímicas y la de Naturales, compuestas cada una de ellas por 12 académicos de número.

Cuenta también con correspondales españoles en número no superior a 36 y extranjeros en cuantía ilimitada.

Desde su fundación ha sido regida por nueve presidentes. En el pasado siglo, por don Antonio Ramón Zarco del Valle; don José Solano, marqués del Socorro, y don Cipriano Segundo Montesino, duque de la Victoria. En el siglo xx por don José Echegaray (premio Nóbel 1904), don Amós Salvador, don José Rodríguez Carracedo, don Leonardo Torres Quevedo, don Blas Cabrera, y desde 1940, don José Casares Gil.

Condecoraciones y fundaciones

A propuesta de Ramón y Cajal, y en honor de Echegaray, creó la Academia en 1907 la medalla de la Corporación, otorgada a este último en reconocimiento de su premio Nóbel. Es la más alta recompensa de la Academia. En el anverso figura el busto de don

José Echegaray, y en el reverso, una inscripción con el nombre del agraciado.

Sigue en categoría el premio instituido por el duque de Alba en 1905, el cual disfrutó, entre otras personalidades, el ilustre inventor señor la Cierva.

Como fundación dispone la Academia la de don Vicente Paredes Guillén, para premiar un método eficaz con que combatir la llamada «enfermedad de la tinta», y la de los académicos Ramón y Cajal y González Martín, para recompensar trabajos referentes a las Ciencias Naturales y Físicas, respectivamente. En legado figura el de don Aníbal Morillo, conde de Cartagena, para dotar cuatro cátedras y nueve becas, y los de don Mariano Lorente, don Manuel Becerra, don José Echegaray y don Joaquín María de Castellarnau.

En abril conmemoró la Academia con solemnes actos su centenario, con una sesión académica.

Al discurso de salutación del presidente señor Casares Gil contestaron los representantes de las Academias de Bélgica, Estados Unidos, Francia y Suiza, para expresar su satisfacción por los progresos científicos que actualmente realiza España.

Personalidades científicas de numerosos países

Los actos conmemorativos de la centenaria Corporación se cierran con broche de oro seis días después. El Jefe del Estado preside la sesión de clausura ante la presencia de numerosos representantes de las Academias de Europa y América.

Ejemplo aleccionador que España ofrece al mundo actual amenazado e incomprensivo, al reunirse en amigable coloquio en un pequeño rincón geográfico para departir las nobles actividades de la inteligencia.

Numerosísima fué la representación extranjera. Acudieron por los Estados Unidos doctor Theodore von Karman, director de la Oficina de Inventos de Aviación y representante de la Academia Nacional de Ciencias, y George M. Foster, de la Smithsonian Ins-

titution. Por Inglaterra, Cyril Hinselwood, profesor de Química-Física en la Universidad de Oxford y miembro de la Royal Society, de Londres; profesor Smith, catedrático de Óptica Física. Por Portugal, profesor Celestino da Costa, de la Academia de Ciencias de Lisboa; profesor Machado Costa, director del Museo de Mineralogía de Lisboa. Por Alemania, Gerhaed Rohlfs, vicepresidente de la Academia de Munich, y Ludwig Foepp, matemático de la Universidad de Estrasburgo. Por Francia, Gaston Julia, vicepresidente de la Academia de Ciencias de París; Gabriel Bertrand, decano de la Academia de Ciencias de dicha capital; Louis Fage, geólogo; Pao Fallot, geólogo; Kampé de Fériet, de la Universidad de Lille. Por Bélgica, Paul Fourmarier, de la Academia de Ciencias y Artes de Bruselas; Armand Renier, de la Real Academia de Bélgica; Charles Lanneback, físico. Por Holanda, Van Iterson, de la Academia de Amsterdam; profesor Brower, matemático; doctor Biezano, rector de la Universidad Técnica de Delft. Por Suecia, profesor Svedberg, Premio Nóbel y catedrático de Química-Física de la Universidad de Upsala; profesor Nordenson, de la Real Academia de Ciencias de Suecia. Por Italia, Francesco Severi, presidente del Instituto de Alta Matemática de Roma; profesor Salviucci, secretario de la Academia Vaticana; profesor Mauro Piconi, director del Instituto de Matemática Aplicada de Roma; general Luigi Broglio, investigador de Cuestiones Aeronáuticas. Por Suiza, profesor Maurice Lugeon, geólogo; M. Ros, director de Laboratorio de Ensayo de Materiales de Zurich; profesor Scherrer. Por Colombia, don Gabriel Carreño Mallariño, encargado de Negocios; don Guillermo Hernández de Alba, cónsul general, y el reverendo padre Marcelino de Castellví, capuchino.

Perduración de un ideal

Sobre esta afirmación histórica, el ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, pronunció el discurso de clausura. «La fundación de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales—dijo—no es un hecho aislado, que brotara sin raíces en

el medio cultural español del ochocientos. Es sólo un eslabón fuerte y egregio del vital renacer de la vida española, que durante un decenio—el de los dos geniales pensadores Jaime Balmes y Donoso Cortés—fué anchuroso puente de tránsito entre la primera y la segunda mitad del siglo XIX.

Toda la vida española en el orden cultural y científico desfiló por el magnífico discurso del señor Ibáñez Martín. Demostración ejemplar de los esfuerzos realizados por nuestra Patria, subrayados ahora en realizaciones prácticas, como consecuencia lógica del plan de cultura orgánicamente desarrollado por el Caudillo y su Gobierno a lo largo de estos diez últimos años.



EL MAGISTERIO ESPAÑOL Y LOS ESTUDIOS DEL PROFESORADO

LA gran familia del Magisterio ha vuelto a reunirse para celebrar la primera asamblea de estudios de su profesorado.

La trascendencia de esta primera reunión evidencióse en las interesantes ponencias desarrolladas.

La amplia y acogedora escuela, fundada en memoria de la insigne pedagoga María Díaz Jiménez, fué el escenario de la Asamblea, cuya apertura presidieron el Nuncio de S. S. y el director general de Enseñanza Primaria.

Profesores de todas las provincias, en número de doscientos, participaron en las reuniones, comenzadas con una solemne misa del Espíritu Santo, celebrada por el profesor de Salamanca, don Joaquín Alonso.

El inspector central, señor Taboas Salvador, inició las ta-

reas con unas elocuentes palabras de bienvenida a los asambleístas, y don Romualdo de Toledo, director general de Primera Enseñanza, pronunció un documentado discurso, en el que destacó la importancia de los temas objeto de estudio, y estimuló a todos a sacar el mayor provecho de los trabajos.

Con el interesante título de «Iniciación profesional», pronunció una conferencia el catedrático y secretario del Instituto Beatriz Galindo y presidente del Círculo de Estudio y Trabajo.

El inspector general de Enseñanza Primaria, don Francisco Carrillo Guerrero, disertó sobre el tema «Formación y actuación del Magisterio», y, en la sesión plenaria, pronunció una conferencia el director de la Biblioteca Nacional, don Luis Morales Oliver, sobre «La triple evasión de don Quijote». También desarrollaron interesantes cuestiones los señores Gutiérrez del Castillo y García de la Hoz.

Los intelectuales ante la situación política

Sobre este palpitante tema habló el catedrático de la Universidad Central, don Wenceslao González Oliveros, que fijó el concepto de intelectuales, tan variable en el curso de la historia.

Este concepto está representado sucesivamente por el de «doctor escolástico», el «humanista», el «hombre de método» de Ortega y el «hombre del discurso», típico del advenimiento de la Edad Moderna.

Señaló los dos tipos opuestos de intelectuales, constructivos y destructivos, conservando más libertad el primero que su antagonista, porque tiene ante sí la ardua tarea de vitalizar

los enervados temas de una defensa social más consabida en el cálculo de las conveniencias que en el fervor de las emociones.

*La encomienda de la orden de
Alfonso el Sabio, al profesor Blanco*

En el acto de clausura, presidido por el ministro de Educación Nacional en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y después de unas palabras del director de la Escuela del Magisterio de Madrid, don Luis Alonso, el señor Ibáñez Martín impuso las insignias de la encomienda de la orden de Alfonso X el Sabio, al profesor numerario jubilado, que fué en tiempos director de la Escuela de Madrid, don Casto Blanco.

Seguidamente el ministro pronunció el discurso de clausura, en el que señaló que con esta Asamblea los maestros han tenido ocasión de dialogar con el Poder público, y prometió que estudiaría las conclusiones aprobadas con el mayor cariño, para que los maestros puedan desarrollar su labor con garantía máxima. Anunció, finalmente, que tiene el propósito de crear un Instituto de Metodología.



VENTANA
AL MUNDO

ANTONIO FERRO EN ESPAÑA

Antonio Ferro, poeta de la propaganda, que con danzas y músicas, con versos y cuadros, con libros, con comedias, ha dado al mundo actual la más bella y florida imagen de la «adoravel» tierra lusitana, ha estado en Madrid durante breves días, en su calidad de mensajero de la cultura portuguesa.

Con la feliz ocasión, cada año renovada, de la Feria Nacional del Libro y del número extraordinario que el diario oral «Levante», dirigido por Ernesto Giménez Caballero, ha dedicado a su país, Antonio Ferro buscó la oportunidad de reunirse, en un almuerzo, con un grupo de escritores y artistas. Un «álmoço» gratisimo, en que Eugenio d'Ors llevó la voz de todos los reunidos, haciéndolo por el Ministerio de Educación Nacional y del país hermano los excelentísimos señores don Jesús Rubio, Subsecretario de Educación Nacional, y don Antonio Carneiro Pacheco, Embajador de Portugal en España.

Antonio Ferro ofreció la comida en bellísimas y entrañables palabras de amor a nuestro país, y muy en particular a Madrid, que hoy nos honramos en reproducir aquí, por ser la más cabal expresión del acto que reseñamos:

AMAR a una nación, a una patria, que no sea la nuestra, no es solamente pronunciar discursos oficiales, protocolares, no es sólo ligarse a ella por necesidades de orden material o político, sentarse a la misma mesa, a su lado en las conferencias internacionales, que no son siempre idilios amorosos... Amar a una nación, a una patria, tal como amar a una persona, es comprenderla, sentirla, no sólo en

sus reacciones exteriores, sino también en sus reacciones más íntimas, en sus impulsos contenidos, en su orgullo recalcado, todavía más en sus silencios que en sus palabras. Amar a una nación, amarla *amorosamente* es pensar en ella como en la mujer amada; es pensar en su literatura y en su arte, sobre todo en su poesía, como en esa alma que deseamos adivinar; es pensar en sus alegrías o en sus tristezas como en las alboradas o en los ponientes que iluminan u oscurecen el rostro de esa misma alma; es pensar en el carácter de su pueblo, con sus dulzuras o sus asperezas como en el propio temperamento de esa que nos hace bien o nos hace mal; es pensar en sus villas, aldeas o ciudades, en sus monumentos, en sus casas, en el movimiento de las multitudes que llenan sus calles, en el aletear de sus danzas y de sus canciones, como en los estremecimientos de la mejilla que hemos tocado o que hemos deseado tocar, como en la boca en flor que besamos o deseamos besar...

Así amo a España, grande y bella aventura de mi vida que nunca olvidaré. Estaba precisamente ahora con «saudades» vuestras (permitidme que abra este paréntesis: Portugal debería repartir con vosotros esta palabra «saudades», ofrecerla a vuestro vocabulario, pues es un sentimiento que también canta en vuestro corazón, que también discurre en los ríos de Galicia, o salta de rama en rama sus paisajes líricos). Pues estaba en verdad con «saudades» vuestras, «saudades» del cuerpo y del alma de España. Sentía así la nostalgia de vuestros pueblos espontáneos como ninguno, que son como rocas o como plantas que nadie plantó, que vuestra tierra ha engendrado por voluntad propia; sentía la nostalgia de vuestras ciudades típicas llenas de grabados animados, exposición eterna de lienzos, con sus Ayuntamientos primorosamente labrados en piedra, viejas joyas de familia, con sus murallas que son las

armaduras de vuestras almas fuertes, con sus iglesias y catedrales que son como alas eternamente suspendidas en el cielo de vuestra Patria, Angeles de la Guarda de España. Y me acordaba también, cómo una traviesa sólida en este arruinado solar de la vieja Europa, algo seguro, sólido en esta hora dudosa, del carácter entero de vuestro pueblo, carácter que no se quiebra ni tuerce, carácter de un pueblo que tiene fe en sí mismo porque tiene fe en Dios, pues el vuestro es uno de los raros pueblos en el mundo actual, que todavía son antiguos, que saben a pasado y a Historia, que casi no tienen presente porque han sido o serán en el momento que son.

Y hasta tenía «saudades» (empleo ya esa palabra como si fuera también española) del Greco y de sus figuras escuálidas, caminos para el cielo; de Velázquez y de su corte de meninas y gnomos, de realidades y de ensueños; de Goya, que ha sido pintor y hasta creador del carácter de España; de Zurbarán y de sus claridades eternas. Sí, tenía «saudades» del cuerpo, del alma de España, «saudades» de vuestras mujeres que brotan vida, que cantan vida, sangre en las venas de vuestra Patria, «saudades» de vuestros gitanos que son como tatuajes maravillosos que ora aparecen y ora desaparecen en vuestro suelo, en vuestra epidermis, «saudades» de esa mística sensualidad de vuestra raza que trasciende precisamente vuestro cuerpo para ser aún alma, alma sensible, alma tangible.

¡ Cuántas veces, cuántas, he soñado con vosotros por tantos caminos que he seguido, por tantos países que he pisado! No son flores marchitadas, anémicas, los recuerdos de tantos viajes que he hecho a España, que vuelvo a hacer cuando los evoco, película que paso y repaso incesantemente: Sevilla, donde el cielo y la tierra se casan; Sevilla en la Semana Santa, con su pueblo de imágenes que se mezcla en esos días con el

pueblo de sus calles; Sevilla y el maravilloso abanico de su feria; Barcelona, ciudad ancha, abierta, pero tal vez la más íntima, la más misteriosa de España, donde cada puerta es un secreto; Valencia, donde llueven flores; Toledo, espada que duerme en las márgenes del Tajo; Escorial, eterna cámara oscura de Felipe II, donde su alma continúa rondando; Salamanca, donde el sol está siempre despierto, hasta de noche, en sus doradas fachadas; Avila, cruz y cielo de Santa Teresa; Burgos y su Cartuja de Miraflores, donde el silencio es la voz de Dios; Granada y su Albaicín, inagotable mina de gitanería, y tantas otras ciudades que son obras maestras del arte y de la artesanía española.

Y, finalmente, actualidad de siempre en mi «cine» silencioso, en estos momentos sonoros, Madrid, este Madrid donde me paseo ya familiarmente, como si madrileño fuese, donde la Cibeles y esa vendedora de flores me sonríen; este Madrid donde da gusto vivir; este Madrid que sabe a «carroussel», a feria permanente, donde la calle es siempre una fiesta, una rosaleda humana; este Madrid que ora tiene sonido de cristal, ora de castañuela; este Madrid sin formalidad y sin puntualidad, donde la vida se despeña como una catarata, ciudad llena de pregones y de canciones, gran zarzuela que se representará hasta el fin de los siglos, eterna verbena de España...

Bienvenida, pues, esta Feria del Libro que nos conduce inevitablemente a España en esta época del año, en la agradable misión de traer las últimas noticias de nuestra cultura: nuestros libros. Hombres de nacionalidad y razas diferentes se encuentran hoy por todas partes en congresos y otras reuniones internacionales. Está bien que sea así, pues la diplomacia de los contactos, de las convenciones, como el propio conocimiento de los defectos de cada uno, es todavía la más

eficaz. Pero el encuentro de los pueblos a través de los libros, cuando los idiomas se pueden mutuamente comprender, es todavía más profundo, pues los libros quedan y las conversaciones pasan. Cada vez que se realiza en España esta Feria del Libro, quedan aquí algunos millares de obras portuguesas en las Bibliotecas oficiales y privadas, es decir, un poco de nuestro espíritu y de nuestra cultura que permanece en contacto, y en contacto familiar, con vuestro espíritu y vuestra cultura. Y solo de esta manera, cuando se llegue a la marea alta de esta permuta de libros, cuando una novedad literaria portuguesa lo sea para España igualmente y viceversa, nuestras almas, conservando esa total independencia sin la cual ni siquiera pueden existir, se entenderán definitivamente.

Comprensión mutua, para la cual hemos trabajado arduamente y que ya se puede considerar casi realizada, conseguida. Tengo el orgullo, por ejemplo, de afirmar que sólo existe hoy un pueblo en el mundo que os conoce todo cuanto es posible conoceros: el pueblo portugués. Cuántas veces, por ese mundo, oí comentar vuestro heroico aislamiento, vuestras actitudes que parecen a veces desconcertantes, y yo he observado: «Ustedes no conocen a España, no conocen a los españoles, no comprenden la singularidad de su pueblo ensimismado, la grandeza de esa nación que sabe hacer su propio mundo cuando el mundo le parece pequeño o mezquino, la bravura de esta raza que en todos los tiempos ha preferido morir de hambre a morir de vergüenza, la nobleza de esa Patria que entre el alimento del cuerpo y el alimento del espíritu prefiere siempre el último, metrópoli (toda la Península, además) de la Fe cristiana, Don Quijote de Europa.»

Nosotros, los portugueses, somos así los «especialistas» del alma de España, aquéllos que saben explicarla mejor que na-

die a los que no la entienden o no quieren entenderla. Y es este conocimiento de España, esta llave de su enigma, la razón preferente de nuestra amistad por ella, y hasta de su amistad por nosotros. Puede ser que España, por su propio ensimismamiento, no nos comprenda con tanta hondura, pero se siente comprendida por nosotros como por ninguna nación. Y por esto, nos estima y nos respeta.

¡ Amigos!, me despido hoy de vosotros, pues salgo mañana de Madrid; espero encontraros todavía algunas veces. Pero en nuestra época tan perturbada, donde todo es inestable y movido, no se sabe nunca cuándo podremos volver. Quiero, por tanto, afirmar hoy que quedo debiendo a España y a sus ciudades llenas de color, donde la vida es un caer de pétalos, donde la alegría de vivir se confunde a veces con la alegría de sufrir, alguno de los momentos más felices de mi actividad, momentos que no pasarán, *momentos para siempre*. Y, para terminar, si puedo pedir os alguna cosa, deseo apenas que en mis ausencias os acordéis modestamente de mí con este comentario que pienso haber merecido: «Pues aquí tenemos a un extranjero (verdad que es un portugués...) que siempre nos ha sabido comprender y amar.»



ANDRE MAUROIS EN EL ATENEEO



En la literatura francesa de hoy es nombre de un sólido y verdadero prestigio que ha atravesado ya gloriosamente todas las fronteras el de André Maurois. Biógrafo, ensayista, novelista Maurois, miembro de la Academia de Francia, ha vuelto a España esta primavera después de largos años de ausencia. En el Ateneo de Madrid, «uno de los centros del espíritu de Europa con Oxford y el Colegio de Francia», así dijo Maurois, habló ante un público expectante de centenares de personas que llenaban el salón de actos, los de la planta baja, los pasillos, las escaleras, el hall—donde se había instalado un servicio de altavoces—de los recuerdos de su vida literaria. Disertación bellísima y de un profundo contenido que un día no muy lejano se convertirá en un libro que habrá de ver la luz en nuestro país. Por esta razón, y al no recoger la conferencia entera—un resumen le haría perder todo su valor—, traemos aquí las cuartillas con que el doctor Gregorio Marañón presentó a Maurois en su conferencia, que marca una fecha memorable en los anales del Ateneo.

EL Ateneo me ha encargado que lleve su voz en este saludo protocolario a Andrés Maurois. Cumplo gustoso el encargo, porque siempre me es grato servir para algo; porque me alegra ver a esta cátedra abierta, como siempre, a la palabra universal; porque tengo hacia el país que Maurois representa deuda imperecedera de gratitud; y, en fin, porque soy admirador, como lo sois todos vosotros, de nuestro huésped, además de viejo amigo suyo.

Voy, sin embargo, a ser brevísimo. Este género oratorio

que impropriamente se llama *presentación*, pues es, en realidad, una bienvenida, debe tener la cualidad inexcusable de toda cortesía, que es la brevedad. Nada largo es amable y menos cuando puede pensarse que se escamotea, a favor del que habla y con el pretexto de la buena educación, la expectación del público, que está pendiente del presentado.

Hemos venido todos a oír a Maurois, al que ya conocemos, desde que empezó a escribir. En estos casos, cuando el orador es tan conocido, la conferencia tiene sólo el sentido gratulatorio del autor que, llamado por los aplausos del público entusiasta, se presenta en escena. Los oyentes, como los lectores, que han gustado en silencio la fruición del espectáculo o de los libros, desean conocer personalmente al que los inventó y decirle su admiración con sus aplausos y escuchar de sus labios unas palabras. Esto es todo. Yo, pues, en nombre del Ateneo, doy paso al proscenio a ese Maurois que habéis conocido página a página, porque tal vez no haya otro autor extranjero que alcance, entre nosotros, su popularidad. A ese escritor extraordinario que tantas veces os ha proporcionado el supremo goce que da una lectura, a saber, encontrar en una frase exacta, expresados un sentimiento o una idea a los que nosotros no acertábamos a dar forma; a ese escritor extraordinario con el que todos hemos intimado, sin conocerle, porque nos parecía que estaba vivo en su ligera prosa, como nos parece viva el agua que corre en un paisaje; a ese viejo amigo invisible hasta hoy, que hoy está aquí, dispuesto a dialogar de viva voz con vosotros. Porque hablar a un público vasto es siempre dialogar: uno habla; los demás, escuchan, se emocionan, aplauden; en realidad responden al orador; y éste, por aprendida que lleve su pieza, está tan pendiente del gesto mudo del que oye, como el público de los labios del que habla.

Acaso con estas palabras he definido lo más genuino de la personalidad de Maurois, que es lo que tiene de emotiva, de entrañablemente viva, por su pensamiento y por su retórica. Maurois es el prototipo de una especie intelectual que está a punto de extinguirse: el hombre de letras. El hombre de letras no es el novelista ni el autor dramático, ni el historiador, ni el profesional, ni el hombre rico que dedica sus ocios a manejar, con mejor o peor gracia, la pluma. El hombre de letras, es un ser dedicado a la aventura de vivir para escribir y de escribir por crear, por puro deleite de hacerlo, al margen del aplauso o del ataque, al margen del éxito o del fracaso. Realmente, la profesión del hombre de letras es, por todo ello, lo menos parecido al concepto vulgar de la profesión; y lo más parecido a esa noble forma de delirar desinteresadamente que llamamos diletantismo.

Francia, por razones muy lógicas y conocidas, ha sido, desde siempre, patria singularmente propicia al hombre de letras. Y Maurois representa una de las cimas de esta categoría intelectual. Pero hay en él algo que no es frecuente en los demás hombres de letras. Suelen ser éstos, gentes que viven más en el mundo irreal del pensamiento que en los caminos por donde andamos los demás hombres. Y aun, para el ineludible comercio humano, gustan de habitar los círculos poblados por los de su casta. En estos tiempos niveladores, nada hay tan cerrado, tan antidemocrático, tan profundamente aristocrático como el simulacro que, en cada país, hacen los intelectuales de los Campos Elíseos, donde la paz se sustenta en una rigurosa jerarquía.

Pocos son los que prefieren escapar de ese ambiente limitado, y a la larga asfixiante, y circular por el ancho mundo, por el mundo incongruente y fecundo de lo vulgar, que es

donde se esconde la gracia. Y he aquí que la gracia es, a la larga, lo único que hace perdurable la obra de los hombres.

Maurois es uno de esos evadidos de la elisea compañía. Es el intelectual que reparte su tiempo entre unas pocas horas para escribir y muchas otras horas para andar por el mundo, que hay que recorrer, de punta a punta, para conocer al hombre. El hombre que vive a nuestro lado, es sólo un fragmento de hombre. El hombre integral es todo el conjunto humano. Y sin conocerle, sin conocer a la humanidad entera, no podemos saber ni como es cada hombre ni siquiera como somos cada uno de nosotros mismos.

Todos repetimos la sentencia aristotélica de *conócete a ti mismo*. Lo que muchos ignoran es que para lograrlo no hay que mirarse al espejo, sino, precisamente, olvidarnos de nosotros y escudriñar, sin descanso, en torno nuestro, a todos los demás.

Y así, Maurois, ha paseado buscando al hombre y buscándose a sí mismo, en su plenitud, por las tierras distintas. No hay clima, no hay civilización que no hayan visto su figura y su gesto de acecho perpetuo ante todo lo que le rodea. Ahora mismo, mientras yo hablo, mientras parece oírme y observaros, su espíritu está llenando de notas una página más del carnet de su insaciable curiosidad.

Todo cuanto ha escrito es, por eso, noble, claro y humano. No hay una sola línea suya que suscite el rencor o el pesimismo. No ha escrito nada que no lleve escondido un pulso vivo y generoso, que es el mismo aliento vital que corre por las venas de su autor. Por eso, y no por escribir mejor o peor, es un autor universalmente popular.

Pero, además, la vida ha puesto a Maurois en el trance de alcanzar esa madurez patética de la propia alma, que es

como el resumen del alma de todos y que no a todos los grandes escritores es dable conseguir. Porque a esa última morada del conocimiento no se llega por el voluntario esfuerzo ni por el don innato del talento, sino por el azar. Maurois ha sufrido mucho, en la época de la vida en la que el sufrimiento es como un chorro caudaloso de eficacia: cuando los cabellos empiezan a blanquear. En ese punto de su existencia estaba cuando vió desmoronarse todo en torno suyo y hubo de pasar la prueba del destierro y se encontró otra vez, abierta ante sí, la senda áspera de la conquista de la vida y de la gloria, que parecía superada y vencida.

En ese trance encontró la virtud suprema de la serenidad. Sus *Memorias*, que son, creo yo, su mejor libro, son, sin proponérselo o quizá disimulando a fuerza de gracia ese propósito trascendente, son, digo, una lección de serenidad. Se leen como una aventura. Pero dejan en el aire un polvo impalpable que cuando se sedimenta se ve que es el oro inconfundible de la comprensión.

André Maurois va a escribir ahora un estudio sobre España que formará parte de un gran libro que sobre nuestra Península se prepara. En la mente de los hombres de hoy, hay un esquema de muchos países que, en gran parte, se debe al gran escritor que hoy recibimos aquí: Inglaterra, Francia, los pueblos del otro Continente, los ven muchos ojos actuales, según la versión de Maurois. Pronto correrá también por todas partes su visión de la vida española. Y estoy seguro que sus ojos, habituados a adivinar la clave profunda de cada cosa, pasarán sin detenerse sobre todo lo que es anécdota hispánica y penetrarán, hasta lo más profundo, en lo genuino de esta raza, que es su ruda y generosa vitalidad.

LOS LIBROS

LA ARQUITECTURA PLATERESCA,

por JOSE CAMON AZNAR.

Dos tomos en 4.º mayor. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—455 y 602 páginas.

El 400 marca la decadencia de un arte nórdico y bárbaro, el estilo gótico, el cual convierte sus ojivas en arcos conopiales y al par se hace barroco, declamatorio, y al mismo tiempo sus artistas se inclinan a la decoración naturalista, terminando por acusar su cansancio imaginativo; finalmente, se fragmenta en varios estilos: tudor en Inglaterra, plateresco en España, manuelino en Portugal, etc. En Italia no se había olvidado nunca el recuerdo de la antigüedad clásica, que significaba la añoranza de la grandeza de Roma; los mismos edificios góticos, como la catedral de Milán, todavía contienen frontones clásicos; en Roma quedaban todavía en pie los monumentos romanos, como el arco de Tito, la columna Trajana, el Ara Pacis de Octavio o el Coliseo Flavio. Los artistas consideraron este arte como más perfecto que el gótico, y al copiarlo surgió el nuevo estilo renacentista con la catedral de Florencia, debida a la potencia creadora de un gran arquitecto, Brunelleschi, y más tarde, en Roma, la Basílica Vaticana de San Pedro; al construirla el Bramante, dijo que quería poner la cúpula del Panteón de Roma sobre la Basílica de San Pablo; y al mismo tiempo, en la arquitectura civil, la nobleza traslada su morada de los sombríos castillos feudales a los acogedores palacios del Renacimiento, y es en estas construcciones donde vemos florecer un nuevo estilo.

Y en efecto, estas construcciones renacentistas no tienen la espiritualidad de la arquitectura gótica, impulsada por la necesidad de aumentar el tamaño de los templos ante la afluencia de los fieles, y por la de lograr mayor luminosidad en las iglesias, que resultaban sombrías en los nebulosos países nórdicos, utilizando amplios ventanales, que hacen prevalecer los vanos sobre los macizos; además, les mueve un deseo económico de ahorrar material y de dar una mayor sensación de espiritualidad a los edificios, dándoles doble altura de la extensión que tiene la base, con lo cual el templo gótico es una plegaria a la Virgen, a la que, en el siglo XII, San Bernardo, creador de la ojiva, dedica todas sus construcciones.

Estos edificios renacentistas carecen ciertamente de la espiritualidad de los templos góticos; pero, sin embargo, tienen una mayor perfección técnica y están trazados conforme a las reglas cardinales de la teoría del arte y de la estética. En ellos resplandece la ley estética del orden, y hacen sus iglesias y construcciones, tanto en sus plantas como en sus alzados y cortes transversales, que no se construyan edificios como los castillos medievales, en los cuales sus plantas son irregulares y laberínticas, sino que, por el contrario, los edificios del Renacimiento tienen plantas de figuras definidas: cuadradas, rectangulares, circulares, poligonales, etc., y, además, este orden impone un plan único, según el cual los diferentes miembros del edificio, dentro de su natural variedad, obedezcan a la unidad del conjunto; y esto no sólo entre los elementos arquitectónicos: columnas, frisos, arcos, fustes y dinteles, sino también entre las diferentes artes: pintura, escultura, mobiliario, orfebrería, etc. ¿No causaría un efecto antiestético labrar un altar barroco en medio de un templo gótico?

Y este plan único, impuesto por ley estética del orden, está preconcebido teniendo en cuenta los diversos factores que influyen en la arquitectura: el material. ¿Podría explicarse el Partenón sin el mármol del Pentelico, o las construcciones italianas del Renacimiento sin el mármol de Carrara? En segundo lugar, las necesidades sociales: en efecto, si la arquitectura se desarrolla más en los tiempos de inseguridad, dando lugar a los castillos feudales, que en los tiempos de calma, ¿a qué iba a construir el Renacimiento fortificaciones inaccesibles, en las que se busca el aislamiento ante la aparición de la artillería? En tercer término, en motivos monetarios, y sirva el ejemplo puesto del arte gótico para demostrar cómo la economía impulsa el arte en la variación del ro-

mánico al gótico, en vez de anquilosarle, como parecía más natural. En cuarto término, el clima. ¿No es el tejado agudo lo más indicado en los países en que abunda la nieve? ¿No es la ventana amplia lo mejor para los países nebulosos y sombríos? ¿No son el soportal, la terraza, la cancela y la reja, lo indicado para los países cálidos?

La segunda ley estética, la ley de la integridad, la cumplen las obras renacentistas. ¿No sería antiestética una obra inacabada o en la que se truncan los estilos, como la Giralda de Sevilla, cuya torre árabe termina en un cimborrio renacentista, o la catedral de Segovia, cuyo gótico, en vez de rematar en las agujas características de las catedrales germánicas, termina en una cúpula del más rancio sabor neoclásico?

La ley de la claridad, concebida a la manera de la escolástica, que la consideraba en su estética como la aspiración de los objetos hacia su perfección, acercándose a la perfección ideal de la divinidad, y que se traduce en un resplandor que impresiona nuestra alma, en donde, mezclándose elementos intelectuales afectivos y elementos en los que sólo sublimándose, o sea, acercándose a Dios con impulsos morales y estéticos, puede apreciarse el valor de la obra de arte. También resplandece en el arte clásico, toda vez que éste tiende a la perfección desde el momento en que el arte románico era una copia del arte romano, pero imperfecta, mientras que el arte renacentista resulta más perfecto en esta imitación, y al mismo tiempo su decoración no es como la románica, simbólica y pueril, sino que presenta una mayor perfección técnica, mucho más grande que el arte medieval en sus grotescos escudos y medallones.

La ley de la imitación también la encontramos en el arte clásico, pues ya algún filósofo ha pretendido que la arquitectura es una imitación de la naturaleza; desde luego, lo es del arte romano, y si el arte debe ser realista, según la dirección estética de Aristóteles, que ve el arte en la imitación de la realidad, a base de proporción y medida, lo es más, asimismo, su decoración, que no es geométrica, como en el arte árabe, ni estilizada, ni idealista, creando figuras de animales fantásticos; ni simbólica, como en el románico con su Crismón y su Omega; ni tan naturalista como en el gótico, sino que es tan realista como en el mismo arte romano, y así los medallones representando a Fernando e Isabel la Católica de la Universidad de Salamanca, nos dan buena idea de su rostro, al igual que un relieve del arte clásico.

La ley de la verdad, la arquitectura neoclásica, tiene esta verosimilitud; sus edificios evitan el fingir arquerías ciegas, que no existen ni sirven de ventanas, como en el Coliseo de Roma, y que se oponen a la verdad del edificio, mostrando la fachada, la distribución interior de las habitaciones y, también, evitando el ocultar los materiales de que está construida la obra, tal como, por ejemplo, el ladrillo con yeserías inútiles.

La ley de la expresión, pues si este arte, como dice la estética de Platón, no muestra la belleza, no sólo en las cosas, sino en la realidad más trascendente, que son las ideas, el arte debe dar una sensación ideal, expresar un carácter; por ejemplo: la belleza, la gracia o la grandiosidad; y así, mientras las catedrales románicas denotan calma serena, fuerza y poder, radicando esta grandiosidad, según la estética, en que la totalidad del edificio no puede ser percibida íntegramente por los sentidos, las catedrales ojivales denotan la idea de espiritualidad entonando una plegaria al cielo por medio del sistema de elevar la altura de los edificios, que resulta mayor que la base, y a tramos iguales, con ritmo, coloca capillas, naves transversales y arbotantes. Las torres indican espiritualidad, según esta ley; el círculo y el arco traen una idea de inmortalidad, y la cúpula da la sensación de dinamismo y movimiento.

La ley del placer estético, según la cual debemos contemplar la belleza objetiva de la obra de arte sin acaloramiento, según la idea subjetiva de la belleza que tenemos en nosotros mismos y según la estética de Plotino, acercándonos a Dios con equilibrio de facultades intelectuales y sensitivas, pero, además, no colocándonos demasiado cerca y evitando los escorzos; ello impone en los edificios una determinada perspectiva: no debemos acercarnos demasiado al pedestal para que éste no nos oculte la estatua; esta ley impone a veces elevar los arcos y capiteles para que no nos impidan la visión de la fachada, y además, evitar ciertos efectos, como el que produce el Partenón, de Atenas, cuyas líneas se doblan hacia arriba en la línea superior de la fachada; efecto que corrige Fidias elevando e inclinando las columnas extremas del edificio.

La ley de la armonía se muestra en la simetría de los edificios, en los elementos arquitectónicos y en los adornos, en el ritmo de idéntica separación de las ventanas, en la sabia distribución de los colores, pues es sabido que el negro entre lo blanco parece más reducido que las piedras blancas entre los mármoles ne-

gros. En tener un justo punto medio entre una excesiva decoración, como sucede en las edificaciones de Churriguera, que resultan antiestéticas por lo cargadas, y una decoración demasiado escasa, como ocurre con las fachadas herrerianas de El Escorial, que dan una ingrata impresión de ornamentación escasa, que produce una sensación de sequedad, y resulta imperfecta al lado de su modelo el Vaticano, puesto que todo lo gracioso, sereno y magistral que parece la Basílica de San Pedro, en Roma, se hace seco, pesado y antiestético en El Escorial. Haciendo una sabia distribución del claro oscuro en las fachadas, donde, al igual que decía Leonardo de Vinci para el dibujo, en el cual debe dar idea de relieve propio la escultura, así ocurrirá en la decoración, que debe dar una idea de corporeidad, en la sabia distribución de los vanos y los macizos, pues los primeros dan siempre mayor idea de espiritualidad, y los segundos de materialismo, y en el sabio empleo de las líneas rectas y curvas en las fachadas, que a veces dan lugar, como en los frontones clásicos, a un tipo de frontón curvo por la parte superior, que, alternando con los frontones dóricos, o a veces poniendo de cada uno de los distintos órdenes clásicos los capiteles y columnas, impiden dar al edificio un desagradable aspecto de monotonía.

Estos edificios platerescos españoles, sin embargo, difieren frecuentemente de los modelos italianos en algunas características arquitectónicas cardinales; en primer término no utilizan la planta en cruz griega, usada frecuentemente en Italia; además, los palacios toscanos, como el Palacio Pitti, tienen las fachadas rellenas de sillería; en cambio, en los palacios españoles, como el Ayuntamiento de Sevilla, se dispersa por las fachadas y llena con sus grotescos medallones y escudos todo el ámbito de las mismas, ofreciendo, además, las típicas bóvedas de crucería del arte gótico, que por completo faltan en el arte italiano; las columnas están fragmentadas; generalmente, figuran a pares, y más que de los órdenes clásicos, dóricos, jónico y corintio, se reduce con frecuencia a relieves rellenos por hojarasca, grifos, medallones y grotescos, que le hacen tener unas características distintas del arte toscano.

Y, sin embargo, la diferencia no siempre es completa; en primer término hay que tener en cuenta que la España del siglo XVI presenta una tendencia, representada principalmente por Siloe, y que tiene su asiento en Granada, en la cual se siguen muy fielmente los pasos del arte italiano, y en segundo lugar, un estilo pla-

teresco castellano, que sigue una corriente estética más original, hasta el punto de dar lugar a un arte nuevo, que, al igual que el estilo del gran orfebre Arfe, se llamó estilón plateresco por su parecido con las obras de los plateros, y este estilo entra en Castilla con el Conde de Tendilla, que encarga al arquitecto Lorenzo Vázquez, de Segovia, la construcción de algunos edificios, y el nuevo estilo se ve favorecido por el Cardenal Mendoza y el alto clero toledano, el cual tiene disputas, como cuando la construcción del Palacio del Duque del Infantado, en la cual dice el Cardenal al Arzobispo de Toledo: «Yo construiré de piedra lo que vos habéis edificado de barro»; frase que demuestra la opulencia de aquellos magnates. La influencia de las construcciones toscanas se ve claramente en el Palacio de Cogolludo, que representa la escuela plateresca de Guadalajara.

La escuela toledana aparece con un artífice extranjero: el maestro Egas, cuya hija casó con el arquitecto español Alonso de Covarrubias, que realizó grandes obras arquitectónicas, como la Puerta de la Bisagra y el Alcázar de Toledo; esta escuela tiene un matiz más castellanizante, como acertadamente dice el autor de la obra.

La escuela vallisoletana tiene también obras de Lonrenzo Vázquez de Segovia, autor al parecer del Patio de San Gregorio, y esta escuela influye también en los edificios de la Tierra de Campos, como la catedral de Palencia.

La escuela granadina, representada como ya hemos dicho por Diego de Siloe y caracterizada por la influencia del arte italiano, pues tal vez Siloe trabajase en Nápoles, produce importantes obras, principalmente la catedral de Granada, tal vez dibujada por Egas; pero que desde luego fué Siloe el que más trabajó y sus discípulos Vandelvira y Pedro Machuca, que trazó dentro del perímetro de la Alhambra, de Granada, el Palacio de Carlos V. Este Pedro Machuca, al parecer discípulo del Bramante y de Miguel Angel, está muy influido, aún más que Siloe, por los modelos italianos, y trazó el patio del Palacio de Carlos V citado, no en planta cuadrada, como los artífices del plateresco castellano, sino con planta redonda, de un patio trazado dentro de la planta cuadrada del edificio.

La escuela burgalesa tiene un maestro extranjero: Fernando de Colonia, de carácter, al parecer, bastante independiente y original. Este arquitecto, descendiente de Simón de Colonia, autor de la ca-

tedral de Burgos, construyó muchos edificios, así como también Diego de Siloe antes de marchar a Granada.

La escuela alcalaíno-madrileña tiene un gran representante con el maestro Gumiel, autor de un estilo que se ha llamado estilo Cisneros y que resplandece en el paraninfo de la Universidad de Alcalá. Esta escuela se caracteriza por sus yeserías y grutescos, llenos de figuras raramente espaciados y que parecen indicar influencias decoradoras góticas y moriscas.

La escuela sevillana, caracterizada por su gracia y alegría en la traza de los edificios, tiene su más principal representante en Riaño, autor del Ayuntamiento de Casas Consistoriales sevillanas, uno de los edificios de más gracia y armonía del plateresco español; en la sacristía y Sala Capitular de la Catedral, en la Casa de Pilatos y en la terminación y remate de la Giralda.

La escuela salmantina tiene su primer arquitecto en Egas, al parecer el primer autor de la bellísima fachada de la Universidad de Salamanca, la cual es una de las obras más originales de nuestro plateresco, con una decoración frecuentemente gótica. Un segundo arquitecto desconocido le sucede, que es, al parecer, el que sigue la parte alta de la fachada. También se realizan grandes obras en los estudios menores de la Universidad de Salamanca, la Atenas española, la cual consta de la fachada y un patio, al que da la capilla y las aulas; una de ellas, llamada Fray Luis de León, conserva hoy todavía un gran sabor de aquellos estudios, lumbreira de su tiempo.

En un segundo período, la escuela de Salamanca tiene un gran arquitecto, caracterizado por su manera natural de tratar la decoración, sus aletas y hornacinas, Juan Gil de Ontañón, autor de la catedral nueva de Salamanca y de la de Segovia. También son muy interesantes sus mansiones nobiliarias, como la Casa de las Conchas, denominada así por haber sido construída por un maestre de la Orden de Santiago, cuya devoción jacobea indican las conchas de la fachada.

La escuela plateresca en Vascongadas logra alguna importancia en la Universidad de Oñate, al parecer obra de los escultores franceses, como el maestro Paris y Borgoña.

La escuela leonesa, cuyo más importante maestro es Juan de Badajoz, autor del precioso albergue de peregrinos a Santiago, llamado San Marcos de León, en cuyo edificio, al parecer, trabajó Juan de Juni, el célebre escultor.

Galicia tiene obras de Egas, como el Hospital de Santiago, y

de Juan Gil de Hontañón; Extremadura, la catedral de Plasencia, obra de Egas, y la de Coria.

En cuanto a Zaragoza, distingue las grandes edificaciones del cimborrio de la catedral de La Seo, para la cual Alfonso de Aragón, hijo bastardo de Fernando el Católico, llamó a Egas, y algunos edificios, como en los que trabajaron los maestros Monrade y Tudelilla, como la Lonja zaragozana.

La obra termina hablando de la expansión del plateresco en Portugal, como el maestro Castillo, que interviene en el templo manuelino de Belén, y en América, donde el maestro Becerra traza las catedrales de Cuzco y Lima, y el maestro Castañeda, la Gran Catedral de Méjico, edificada sobre un edificio primitivo de nuestro arte colonial, tal vez construído a raíz de la conquista de Méjico por Hernán Cortés un día de la Asunción, 15 de agosto de 1522, una de las más importantes muestras del arte colonial. En la de Lima fundió personalmente las campanas Francisco de Pizarro.

La obra, en suma, muestra una profunda erudición y competencia sobre la materia, y, por lo tanto, creemos que aporta datos del mayor interés para la historia de nuestra arquitectura, por lo que la creemos digna del más férvido aplauso, y demuestra la valiosa competencia y conocimientos técnicos del autor.

La presentación de la obra, esmerada, con abundantes fotografías y dibujos muy acertados, pues el arte entra principalmente por los ojos, y son medios únicos para poder dar un efecto estético; es un acierto indiscutible.

CARTAS SON CARTAS, por PRUDENCIO ROVIRA.

Prólogo del Duque de Maura. Epílogo de Francisco Casares.—Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1949.

Pocos archivos contemporáneos españoles serán mejor fuente de riqueza histórica, venero de grandes secretos y pequeños hechos que aquel que perteneció a don Antonio Maura y hoy a su hijo Gabriel Maura, duque de Maura, investigador y académico de la Historia. Secretos de un tiempo pasado, claves de toda una política, entendimientos para resolver conductas, todo ello a través de papeles y actas de cartas y minutas de discursos y telegramas de artículos y hasta de libros. Allí están unos y otros bajo la vigilancia ex-

quisita y amorosa de Prudencio Rovira, el fiel, fidelísimo, y los vocablos se nos hacen pequeños para evidenciar esta cualidad primera del secretario que fué de don Antonio Maura. De este secretario amigo que durante años y años fué el más fiel de todos los íntimos del gran político conservador. Amigo como corresponde a esta palabra más de las horas difíciles y amargas—y don Antonio tuvo muchas en la suya—que de las felices.

Prudencio Rovira, que continúa cada día en el archivo de Maura, trabajando como si don Antonio fuese a llegar de repente en su berlina, ha entresacado de entre los centenares de documentos que custodia, y un poco al margen de su quehacer en la preparación de una biografía del político mallorquín, unos manojos de cartas de las más diversas personalidades españolas, también de algunas extranjeras escritas a don Antonio Maura. Cartas a Maura y de Maura son las que contiene este epistolario—con el material del archivo se podrían formar muchos—en el que son interlocutores literarios del tribuno Clarín y Manuel Bueno, el Obispo de Túy y don Tomás Bretón, Pradilla y «Azorín», el Marqués de Villaurrutia y el Padre Getino, amén de otras figuras de las Letras, de la Política o las Artes.

Los temas más variados son el motivo de las epístolas cruzadas entre don Antonio Maura y los grandes, grandes de verdad, de su tiempo. Cartas en las que existe siempre, sean o no sus seguidores políticos los que le escriben, un profundo respeto por la figura del ex-presidente del Consejo de Ministros. Respeto a su caballerosidad, a su españolismo, a su hombría de bien, puestos de relieve en los párrafos encendidos de las cartas que le dirigen. En las de Maura hay siempre enseñanza, lección, fidelidad y nobleza, todas estas cosas y sobre ellas su fe cristiana, su modestia, su superior inteligencia.

Por este epistolario ahora, al cabo de los años, cuando todos los carteados han fallecido, salvo «Azorín», salen a la luz muchas cosas que hasta hoy estuvieron en la sombra de los secretos políticos o literarios. Noticias de singular valor para comprender una época, noticias que nos producen aún la misma curiosidad emocionada que si las hubiéramos conocido en aquel lejano tiempo que se produjeron.

Hemos dicho más arriba que son numerosos los temas de las cartas que Prudencio Rovira ha escogido y titulado con el trozo de una vieja cancioncilla, pero aquí no todas las palabras de las mismas, mejor dicho, ninguna, son falsas, como aseguraba el cantar.

El libro de Rovira es en extremo útil para la historia española

contemporánea, demasiado vacía, como afirmaba hace muy poco tiempo Juan Beneyto en un excelente ensayo. Y lo es más, junto cuando a cada una de las cartas de Maura y sus amigos figura una semblanza o perfil íntimo y anecdótico de cada uno de ellos. Perfil y estampa del momento en que entraron en conocimiento con don Antonio Maura y Montaner.

El libro que se lee con el agrado de todo aquello que descubre grandes o pequeños secretos lleva un prólogo del Duque de Maura y un epílogo de Francisco Casares. Prólogo bien escrito que nos sitúa la obra en el terreno histórico y epílogo que nos descubre en una entrevista la personalidad íntima, como político y periodista, al autor de este volumen, cuya continuación nos debe en otros Rovira por un lado y Espasa-Calpe por otro.—J. S.

**UN ASPECTO DE LA LABOR CULTURAL
DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID,**
por EULOGIO VARELA HERVIAS.
Artes Gráficas Municipales. — Madrid, 1949.

Con la ocasión siempre gozosa de la Feria Nacional del Libro, nuestro Ayuntamiento ha publicado una monografía en que el interés va unido a la belleza y al buen cuidado tipográfico. No muchas, pero harto enjundiosas, son las páginas que Varela Hervías, gran erudito y Director de la Hemeroteca Municipal, ha ordenado y compuesto para poner ante los ojos de todos que Madrid, en su calidad de gran villa tuvo siempre dispuesta una protección generosa para los temas de la cultura y naturalmente para los hombres a ella entregados.

En la fría prosa de las Cédulas Regias y de las Ordenanzas, en la más íntima de las cartas, en la más viva y caliente de los versos, está seleccionado con fervor y buen entendimiento toda esa protección que en el correr de los siglos diera Madrid a las Letras y a las Artes y a sus gloriosos cultivadores.

A los nacidos en su cerco y también a aquellos otros que aún no haciéndolo le dieron lustre y esplendor, brillo y larga fama. Honras a Lope e impresión de obras, mecenazgos a autores y tantas otras cosas largas de detallar son, y volvamos a repetirlo—que nunca estará de más—, lo que nuestra Villa dió a la cultura y hoy se recoge con textos y con grabados para hacer más amable al lector esta mono-

grafía que reseñamos y de la que es autor un gran conocedor de nuestra historia.

Testimonio más moderno de todo lo dicho, lo constituye, en lo que a la edición del libro se refiere, el Catálogo de todos aquellos que por las Imprentas Municipales y bajo todos los Concejos se editaron desde 1871 hasta hoy. Obras históricas, artísticas, municipalistas que tienen un verdadero interés y una belleza literaria las más y que son piezas magníficas para una biblioteca madrileña.

Este Catálogo une a la ficha bibliográfica un breve resumen de lo que constituye el libro, y así se hace también en el que sigue a éste y en donde se recoge lo que la Comisión de Cultura e Información, que dignamente preside don Tomás Gistau, tiene en preparación.

Si al hablar de los libros publicados señalábamos el valor de algunos de ellos, al tratar de los que dentro de unos meses verán la luz, hemos de señalar cómo serán gozo de bibliófilos y el mejor ornato de nuestras bibliotecas.

Una monografía sencilla que se abre con un prólogo debido a la brillante pluma del Alcalde de Madrid, y que es un documento singular para fijar y conocer, para servir de arranque de partida a innumerables temas de historia matritense.

Una monografía, en suma, «Un aspecto de la labor cultural del Ayuntamiento de Madrid», por la que hay que felicitar al Presidente de la Comisión de Cultura don Tomás Gistau, al autor del libro don Eulogio Varela y muy singularmente a las Artes Gráficas Municipales.—J. S.

COMO SE GOBIERNA SUIZA, por HANS HUBER.
Schweizer Spiegel Verlag.—Zurich, 1948.

Aun sin llegar a la categoría de libro, y quedándose en la más pequeña y modesta de folleto, no podemos dejar de reseñar éste, cuyo título encabezan las presentes líneas. Lo exige la fidelidad informativa y más aún en el presente caso, lo interesante del tema que ha sido tratado con una claridad meridiana, bien que acaso su brevedad y sencillez defrauden al tratadista de estos temas.

No debe defraudarle, sin embargo, ya que Mr. Huber, Juez del Tribunal Supremo Federal, no ha escrito en modo alguno para ellos y sí para ilustrar a las gentes curiosas de saber cómo y de qué manera se gobierna esa bella nación de libertades bien entendidas que es Suiza. El folleto de Mr. Huber que el Gobierno helvético ha reparti-

do profusamente por el mundo, es la doctrina política del mismo convertida en lección de cosas, es decir, en pura y simple vulgarización para estudiantes, periodistas y hombres que sin una preparación en exceso formal quieran saber cómo marchan los temas políticos extranjeros.

Sin comentarios de ninguna especie y como un profesor puede explicar a sus alumnos la flor alpina o la anatomía de oído medio, Huber va desarrollando tema tras tema, en un programa que se compone de dieciocho largas lecciones.

Esas dieciocho lecciones que aquí anunciaremos para que el lector pueda formarse un más claro juicio de la obra que recensionamos, son: Geografía, Historia y Economía. La constitución Suiza, El Estado Federal, Centralismo y federalismo. Los Municipios, sufragio y voto. El referéndum, La iniciativa, Las «langsyemeinden», La opinión pública, los partidos, las libertades del ciudadano, El sistema bicameral, El consejo nacional, El consejo de Estados, El consejo federal, Jurisdicción, Política exterior y neutralidad y Educación y ejercicio.

Como podrá observarse, nada falta en este programa de todo lo que atañe a la más cuidada gobernación de un Estado moderno. Y si nada falta dentro de esta lista de lecciones que hemos transcrito, aún falta menos de cada uno de los temas tratados, ya que Hans Huber los ha disecado con minuciosidad exquisita. Una disección fina, finísima, de maestro sutil de escarpelo que no destruye el más pequeño nervio, ni la más fina capa de tejido, pero que sí nos descubre toda su delicada construcción, es decir, todo su contenido.

Todo lo pone a la luz que se desparrama en blanco haz sobre su mesa de escritor-disector, Hans Huber, que ha sabido en los capítulos más áridos de su obrita dar a la misma, indispensable como ya hemos dicho, al periodista y al estudiante, una notable amenidad a la que se une un cuidado estilo literario.

Cómo se gobierna Suiza podrá suscitar comentarios entre los políticos acerca de si es acertado o no el método de gobernar. Comentarios que no son de esta sección el recogerlos y en los que por lo tanto, no vamos a entrar. Lo que sí hemos de reafirmar es el interés educativo del pequeño volumen que acabamos de leer y que para servir con más eficacia a su noble y bello país da un mapa a escala de 1.900.000.

Folleto editado con especial cuidado de las prensas de Fretz Freres, de Zurich. Editado con esmero y traducido a nuestro idioma de un modo perfecto por el inteligente periodista Guy Bueno.—J. S.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

DECRETO de 2 de marzo de 1949 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio a don Honorio Delgado.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en don Honorio Delgado,

Vengo en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a dos de marzo de mil novecientos cuarenta y nueve.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN

DECRETO de 9 de mayo de 1949 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio al Eminentísimo Sr. Cardenal doctor José Pizzardo.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en el Eminentísimo Sr. Cardenal doctor José Pizzardo,

Vengo en concederle la Gran

Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a nueve de mayo de mil novecientos cuarenta y nueve.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN

DECRETO de 28 de abril de 1949 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio a don Cristóbal Losada y Puga.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en don Cristóbal Losada y Puga,

Vengo en concederle la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a veintiocho de abril de mil novecientos cuarenta y nueve.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,

JOSE IBAÑEZ MARTIN

